

# UN ROMPECABEZAS PARA LOS SIETE SECRETOS

*Enid Blyton*



Lectulandia

¡Cuántos problemas! Además de Sussy, los Siete Secretos tienen también que cuidarse de Binkie, una amiga de ésta que escribió una poesía para burlarse del Club. ¡Qué par de antipáticas! Quieren entrometerse en el nuevo trabajo de los Siete Secretos: ayudar a la señora Bolan, la vendedora que les regaló buñuelos en la feria y que luego lo perdió todo en un incendio. Nuestros amigos limpian el antiguo carromato del pastor Matt para la familia Bolan. Sin embargo, no fueron ellos los que desnudaron al espantapájaros, ¿quién podría querer aquella ropa vieja? ¿Era una trastada de Sussy y Binkie para culpar al Club? A este misterio se suma otro: ¡Un robo! Mucho tienen que investigar los Siete Secretos.

**Lectulandia**

Enid Blyton

**Un rompecabezas para los Siete  
Secretos**

**Siete Secretos - 10**

ePub r1.1

Titivillus 19.08.15

Título original: *Puzzle for the Secret Seven*

Enid Blyton, 1958

Traducción: Federico Ulsamer

Ilustraciones: Burgess Sharrocks

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---



# UN ROMPECABEZAS PARA LOS SIETE SECRETOS

by  
Enid Blyton



*Illustrated by Burgess Sharracks*



C. S. S. significa «CLUB SIETE SECRETOS».

Ésta es la décima novela de Enid Blyton para la colección «SIETE SECRETOS».

Los títulos son:

*El Club de los Siete Secretos.*

*Una aventura de los Siete Secretos.*

*¡Bien por los Siete Secretos!*

*Los Siete Secretos sobre la pista.*

*Un misterio para los Siete Secretos.*

*¡Adelante, Siete Secretos!*

*¡Buen trabajo, Siete Secretos!*

*El triunfo de los Siete Secretos.*

*Tres «hurras» para los Siete Secretos.*

*Un rompecabezas para los Siete Secretos.*

*Los fuegos artificiales de los Siete Secretos.*

*Los formidables chicos del Club de los Siete.*

*Un susto para los Siete Secretos.*

*¡Cuidado Siete Secretos!*

*Los Siete Secretos se divierten.*

Todos estos libros tienen por protagonistas a los siete mismos personajes y a su perro, *Scamper*, pero cada volumen constituye una aventura completa e independiente. Yo confío que éste os guste tanto como los demás.

*Enid Blyton*  
=

## Visita a la feria

—¡Hola! —dijo una voz entre los hierros de la verja.

*Scamper* empezó a ladrar, y Peter y Janet interrumpieron su trabajo de jardinería.

—¡Hola, Jack! —exclamó Peter alegremente—. ¡Silencio, *Scamper*! ¡Cualquiera diría que no has visto a Jack desde hace un mes! Entra, Jack. ¿Hay algo nuevo?

—Sí, traigo buenas noticias —repuso Jack, que estaba ya con su bicicleta ante la puerta de hierro—. Mi madre ganó ayer una libra jugando a la canasta y me la dio. Nos invita a los siete del club a visitar la feria de Hilly-Down. ¿Podéis venir Janet y tú?

—¡Qué madre tan estupenda tienes! —dijo Peter.



Janet asintió. Deseaba tanto como su hermano ver la feria, pero no habían podido ir porque estaban recogiendo dinero para el regalo de cumpleaños de su padre.

—Lo malo es —continuó Jack, muy serio— que Sussy tiene que venir con nosotros. Y, además de Sussy, una amiga suya muy antipática llamada Binkie, que ahora tenemos en casa. Mi madre quiere que las llevemos.

—No importa que vengan con nosotros —dijo Peter—. Al fin y al cabo, ahora no estamos enredados en ningún misterio ni en ninguna aventura. Dale a tu madre las gracias de nuestra parte. ¿A qué hora nos tenemos que reunir para irnos juntos?

—Después de merendar. Es la hora en que hay más animación en la feria —dijo Jack—. Y nos quedaremos hasta que se enciendan las luces. Los anuncios luminosos es una de las cosas que más me gustan de la feria. Nos veremos a las cinco en punto en la parada del autobús. Y no os preocupéis por Sussy y Binkie. ¡Se pasarán la tarde charlando!

—Tienes razón —dijo Peter—. Así, a las cinco en punto. ¿Has avisado a los demás?

—Sí, he recorrido las casas de todos —respondió Jack, montando de nuevo en su bicicleta—. Podemos gastar dos chelines cada uno, eso sin contar con que alguien

puede traer dinero. ¡Hasta las cinco! ¡Adiós!

Y se fue pedaleando y haciendo sonar el timbre en señal de despedida.

Peter y Janet estaban contentísimos.

—Vamos a decírselo a mamá —propuso Janet—. Estoy segura de que nos dejará ir, y más hoy que tanto hemos trabajado en el jardín.

No se equivocaron. Su madre les dio permiso para ir, e incluso añadió cinco chelines al dinero entregado por la madre de Jack.

*Scamper* prestaba atención y movía la cola. De pronto, miró a Peter y empezó a lanzar lastimeros gruñidos.

—Pregunta si también puede ir —tradujo Peter, riendo—. Puedes venir si te ves capaz de seguir nuestro paso. Mi viejo *Scamper*, ¿sabes que has engordado?

*Scamper* lanzó un alegre ladrido. Nada en el mundo le gustaba tanto como salir de paseo con los Siete.

—Ahora os reunís pocas veces en el cobertizo dijo la madre—. ¿Es que se ha disuelto el «Club de los Siete»?

—¡Oh, no! —Contestaron Peter y Janet a la vez, poniendo cara de ofendidos.

La madre se echó a reír.

—Lo digo porque ya lleváis una semana de vacaciones de Pascua y aún no me habéis pedido galletas ni refrescos como hacéis siempre que celebráis una de esas misteriosas reuniones. Compré una buena cantidad de bizcochos para que tuvierais algo que llevaros a la boca si os reuníais.

—Es que aún no ha sucedido nada que merezca una reunión —dijo Janet—. Pero todavía nos quedan dos semanas de vacaciones.

—¡Guau! —Ladró *Scamper* alegremente y sin cesar de mover la cola.

—Tú siempre estás de vacaciones, *Scamper* —dijo Peter—. Eres un holgazán de cuerpo entero. Y no me quieras hacer creer que nos ayudaste esta mañana cavando, porque, si cavabas, era para desenterrar un hueso que habías escondido.

Eran las cinco de la tarde cuando un grupo de niños que iban en bicicleta se reunió en la parada del autobús de Hight Street. Primero llegaron Peter y Janet, puntuales como siempre, porque Peter, como jefe del club, debía dar ejemplo, según él mismo solía decir.

Inmediatamente después apareció Colín, jadeando y pedaleando velozmente por temor a llegar tarde. Luego Pamela y Bárbara juntas, y en seguida Jorge.

—Ya somos seis —dijo Janet—, sólo faltan Jack, Sussy y Binkie. ¡Vaya un nombre! Una vez tuvimos una ratita blanca y le pusimos Binkie. ¿Recuerdas, Peter? Tenía un hociquito alargado y los dientes hacia fuera.

—¡Ya están aquí! —dijo Jorge, viendo doblar la esquina a tres niños en sus bicicletas—. ¡Hola, Jack!

—Siento llegar tarde —se disculpó Jack—, pero ya sabéis cómo es Sussy. No encontraba el bolso ni el gorro.

—¡Embustero! —dijo Sussy—. Si nos hemos retrasado ha sido porque hemos



tenido que esperar a que hincharas la rueda delantera. Binkie, éste es el maravilloso Club de los Siete Secretos, del que, como ya te he contado, forma parte Jack.

Binkie los miró a todos y Janet dio un codazo a Peter.



—Es igual que nuestra ratita —dijo en voz baja—. Exactamente igual.

A Peter le entraron unas ganas tremendas de reír, porque aquella niña parecía, en verdad, una rata. Tenía una graciosa nariz alargada y unos dientecillos de ratón. Sólo le faltaban unas orejitas tiesas. Era una chiquilla temible, peor todavía que Sussy.

—¡Oh! —exclamó Binkie—. ¡Cuánto me alegro de veros a todos juntos! Sussy me ha contado todas vuestras cosas. Y éste es *Scamper*, ¿no? ¡Qué gracioso es! Yo también tengo un perro, pero es un *terrier*, y el vuestro parece ser un...

—¡Silencio, Binkie! —le ordenó Jack—. Y haz el favor de no estrujar la boina cuando hables con nosotros. Nunca he visto una aduldora como tú.

—Es que yo... —empezó a explicar Binkie.

Pero nadie la escuchaba ya. Todos se ponían en marcha charlando y riendo, mientras *Scamper* daba alegres vueltas alrededor de los ciclistas.

La feria se hallaba a unos dos kilómetros y medio de distancia, en Hilly-Down. Estaba instalada en un espacioso llano. Cuando llegaron a la última colina y vieron a sus pies el animado cuadro de la feria, los niños empezaron a lanzar exclamaciones de entusiasmo.

—¡Cuántos puestos y barracones! ¡Cuántos gallardetes ondulando en el aire! —

gritó Jack mientras se deslizaban cuesta abajo.

—¿Oís la música de los tiovivos? —dijo Janet—. ¡Binkie, haz el favor de no hacer tantas eses! ¡Casi me tiras!

Llegaron a la entrada y apoyaron las bicicletas en la cerca con todo cuidado. Peter llamó a *Scamper*.

—¡Tú aquí de guardia, *Scamper*, amigo!

*Scamper* habría preferido ir con ellos, pero se sintió orgulloso de que le confiaran la vigilancia de las bicicletas. Movi6 la cola y se sent6 junto a las máquinas. Peter le acarici6 y se volvi6 hacia sus compa6eros.

—¡Adelante! —dijo—. Entremos en la feria.

## Un rato agradable seguido de un susto

La feria era algo indescriptible. Sobre todo, había un tiiovivo impresionante.

—Es el más rápido de todos —dijo Jorge, después de dar con sus compañeros una serie de vueltas mareantes—. He tenido que abrazarme a mi jirafa para no rodar por el suelo. Poco ha faltado para que saliera despedido. ¿Nos queda dinero para volver a subir?

—Yo no quiero dar más vueltas —dijo Pamela, esforzándose por andar en línea recta—. Me parece estar todavía dando vueltas en mi león. Perdona, Colín, por el tropezón. Es que no puedo andar sin tambalearme.

A Binkie le ocurría lo mismo. Todos se rieron de las dos niñas al verlas tan mareadas.

—Ahora podemos ir al tiro de anillas —propuso Jack—. Pero ni Pamela ni Binkie tirarán ninguna: con el mareo que tienen no pueden acertar.



Estas palabras bastaron para que Pamela y Binkie se repusieran, tanto, que Pamela fue la mejor tiradora del grupo: consiguió colocar la anilla alrededor de una caja de dulces que en seguida se repartió con sus compañeros.

En un extremo de la feria había un puesto de tiro, con una serie de cintas de las que pendían otros tantos cocos. Peter demostró allí una habilidad de tirador derribando tres cocos, cosa que hizo maldita la gracia al dueño del puesto, el cual entregó los premios a Peter de muy mal talante.

—Eres un tiazó, Peter —exclamó Jack con cierta envidia—. Siempre ganas premios en las ferias. Hoy has ganado nada menos que tres.

—Yo creo que el secreto está en que lanzo el disparo como si jugara al fútbol —dijo Peter—. Me imagino que el coco está en medio de la portería, y así acierto casi siempre.

Entonces todos quisieron probar suerte, pero Jorge movió la cabeza.

—No puede ser: no hay bastante dinero para todos, ni contando con los cinco chelines de Peter. A menos que no queráis ir a ninguna otra parte.

Pero todos querían subir a los columpios y, aunque el tiro al coco les encantaba, decidieron no privarse por él de otras atracciones.

—Dejemos los cocos junto a las «bicis» —dijo Peter—. No quiero ir cargado con ellos toda la tarde. *Scamper* los vigilará.

*Scamper* se alegró mucho al verlos. Estaba echado junto a las bicicletas, sin dejar de vigilar a toda persona que pasaba. Si alguien se acercaba demasiado, se levantaba y gruñía amenazadoramente. Otros dos perros se habían parado cerca de allí y admiraban la ferocidad de *Scamper*, que en aquellos momentos se sentía perro importante.

Peter dejó los cocos junto a las bicicletas y dijo:

—Guárdalos, *Scamper*.

A lo que el perro contestó con un corto ladrido, como diciendo: «Puedes confiar en mí». Y después de olfatear los cocos por los cuatro costados, se volvió a echar sin apartar la vista de los otros dos perros.

Los nueve niños gastaron todo su capital en las atracciones, y después sintieron no haber reservado ni un solo penique para alguna golosina. Esto se les ocurrió al pasar junto a la parada de una mujer morenucha, bajita y gruesa, con cara de gitana, la cual estaba friendo unos buñuelos que olían a gloria.

—¿Me vais a comprar buñuelos? —preguntó la mujer a Peter.

—¡Qué más quisiéramos! —suspiró el chico—. Pero nos hemos quedado a dos velas.

La mujer se echó a reír y les ofreció algunos buñuelos que no le habían quedado del todo bien.

—Tomad. Se me han quemado un poco y no los puedo vender.

—Muchas gracias —contestó Peter—, es usted muy amable.

Acto seguido, los nueve niños empezaron a devorar el obsequio. Peter se fijó entonces en un cochecito en el que había un risueño bebé. Ni el coche ni la niñita eran un ejemplo de limpieza; pero la criaturita era tan graciosa, que los muchachos no podían dejar de contemplarla mientras saboreaban los buñuelos.

Janet se acercó a la nena y empezó a jugar con ella. La niña levantó y agitó sus bracitos alegremente.

—Es su hijita, ¿verdad? —preguntó Janet a la vendedora de buñuelos—. ¡Tan chiquitina y tener que ir ya de pueblo en pueblo con la feria!

—¡Oh, no! Vivimos en una barraca que hay en la ladera de la colina —contestó la mujer—. Mí marido sí que va con la caravana por los pueblos. Y cuando la feria es aquí, yo vengo a vender mis buñuelos...



En este momento la mujer vio que se acercaban varios posibles compradores y lanzó su pregón:

—¡Compren, señores, compren los ricos buñuelos de jengibre! ¡Los únicos de estilo casero! ¡Recién sacados de la sartén! ¡Sólo a dos peniques! ¡Sólo a dos peniques!

Peter consultó su reloj y dispuso:

—Vámonos; es tarde. Sólo nos queda tiempo para dar una última vuelta, ahora que acaban de encender las luces.

—Es la mejor hora de la feria —dijo Janet—. ¡Está todo tan bonito cuando se encienden las luces! Lástima que las enciendan precisamente cuando tenemos que marcharnos.

—Yo me quedaré un rato más con Binkie —manifestó Sussy—. ¿Verdad que te gusta la feria de noche? —preguntó a su amiga.

—¡Oh, sí! —suspiró Binkie—. ¡Está todo tan romántico! No puedo contener mi deseo de escribir una poesía. Quedémonos, pues, Sussy. Que se marchen los demás si tienen prisa. Yo me siento inspirada y quiero componer un poema sobre esta luminosa y bella hora de la feria.

—Binkie escribe versos maravillosamente —dijo Sussy con orgullo—. Ganó un premio de poesía en el colegio. Si la oyerais recitar os quedaríais con la boca abierta.

Los Siete Secretos no quisieron oír más. Todos vieron, horrorizados, los preparativos que hacía Binkie para demostrar sus dotes de recitadora.

—He dicho que es la hora de marcharnos —dijo Peter con voz enérgica—. Y tú y

Binkie tenéis que veniros con nosotros. No podemos dejaros solas.

—¿Quién ha dicho eso? —respondió Sussy—. Yo no formo parte del club de tus antipáticos Siete Secretos y, por lo tanto, no tengo por qué obedecerte.

—Pero tienes que obedecerme a mí —replicó Jack con firmeza—. Bien sabes que mamá quiere que vuelvas conmigo, y nosotros nos vamos ya.

Sussy no contestó. Se limitó a arrugar las cejas.

—Su venganza será terrible —susurró Jack a Peter—. Por suerte no tenemos ninguna reunión en perspectiva. Si la tuviéramos, no nos dejarían en paz —y continuó en voz alta—: Vámonos, Sussy.

Fueron por las «bicis», que *Scamper* había guardado fielmente, y emprendieron la vuelta a casa. Pero a medio camino, en la Colina que separaba la feria del pueblo, Jorge, que iba delante, vio algo que le llamó la atención: un gran resplandor en la ladera, no muy lejos, a su izquierda.

—¿Qué es aquello? —exclamó, frenando y esperando a que los demás le alcanzaran—. Mirad: humo y llamas. Parece una casa ardiendo.

—Es verdad —exclamó Peter—. Hemos de ir a ofrecer nuestra ayuda. También debemos telefonar al pueblo. Aquí cerca hay una cabina telefónica. Jorge, yo voy a avisar a los bomberos. Entre tanto, tú y los demás podéis ir por ese sendero para enteraros bien de lo que ha sucedido. ¡En marcha!

Peter empezó a pedalear hacia la cabina telefónica, mientras los demás se lanzaban a toda marcha por el empinado camino que conducía al lugar del incendio.

¿Era realmente una casa lo que ardía? Desde luego, poco podría salvarse ya.

Entre tanto, Peter pedía comunicación con los bomberos.

—¿Es el parque de bomberos? —gritó con voz agitada—. Aquí, en la Colina de Hilly-Down, hay un incendio. Al parecer, es importante... Está bien... Les esperamos.

## Incendio en Hilly-Down

Peter salió corriendo de la cabina telefónica, saltó sobre su bicicleta y pedaleó velozmente por el camino que aún seguían los demás. En el lugar del fuego se reunió con sus amigos. Se quedó paralizado de terror. Nadie podía deducir lo que había sido consumido por el incendio.

—¿Qué había aquí, una casa? —preguntó mirando como las llamas consumían los restos—. Lo que importa es que no hubiera nadie dentro.

—El único ser viviente que hemos visto ha sido un gato —contestó Jorge—. Salió disparado en el momento de llegar nosotros. Esta casa debía de ser muy pequeña, Peter. ¿Has podido avisar a los bomberos?

—Sí, ya vienen. Pero me temo que llegarán demasiado tarde —dijo Peter—. Y tú, Janet, no llores. No creo que hubiera nadie dentro.

—Además, estoy seguro de que lo que se ha quemado era algo viejo y en ruinas —dijo Colín—. ¿Habéis visto cómo chisporroteaba todo de puro reseco? Mira, Bárbara: todavía vuelan jirones de tela ardiendo.

Peter se llevó a Jack, y dieron una vuelta a la casa incendiada, tratando de descubrir algún indicio. Pero sólo había llamas, ya más pequeñas, que lamían restos de madera ennegrecida.

—No me extraña que el gato saliera despavorido.

De pronto, se oyeron las sirenas de los bomberos en la carretera.

—¡Ya están aquí! —exclamó Colín, excitado—. ¿Verdad que han llegado pronto? No cabe duda de que ya han visto dónde está el incendio.

—¿Has dejado abierto el portillo de la cerca, Peter? —preguntó Jorge.

—Sí —repuso Peter—. Mira, ahora pasa por él la bomba. ¡Con qué gusto conduciría ese coche!

El camión subió la cuesta con precaución. Con un frenazo, se detuvo ante el fuego.

—¿Sabéis dónde hay un pozo? —preguntó un bombero mientras desenrollaba la manguera.

—Ahí mismo hay un riachuelo —repuso Jack, señalándolo.

Los bomberos corrieron hacia allí con la manguera, y, menos de un minuto después, ya salía un chorro de agua, con gran ímpetu y produciendo una especie de potente siseo por la boca del tubo de goma.

—Parece el ruido de miles de sardinas friéndose en una enorme sartén —comentó, admirada, Janet.

—¿Habéis visto si había alguien dentro? —preguntó un bombero que acababa de apagar las llamas de su sector.

—No, no hemos visto a nadie —contestó Peter—. Todo estaba envuelto en llamas. Si había alguien en esa choza, seguro que había muerto ya cuando hemos llegado. Lo más probable es que todos hayan conseguido huir antes de que tomaran

incremento las llamas.

—Podía haber algún niño durmiendo —dijo el bombero—. ¿Sabéis a quién pertenece esta barraca?

Nadie lo sabía. Pero justamente en aquel momento, Peter divisó a una mujer que subía por el sendero empujando un cochecito bamboleante.

—¡Mirad! ¡Es la mujer que vende buñuelos en la feria! —exclamó Janet—. Ahora recuerdo que nos dijo que vivía en una choza en la ladera de la Colina. La choza debía de ser ésta. ¡Pobre mujer! ¡Qué pena me da!

En efecto, era la vendedora de buñuelos. Llegó jadeante, los ojos desorbitados, empujando el cochecito del que parecía a punto de caer su ocupante.

—¡Benny! —exclamó, sollozando—. ¿Dónde estás? ¡Lo dejé aquí!

—Lo siento, señora, pero no hemos visto a nadie —manifestó el jefe de los bomberos.

Un estremecimiento de terror sacudió a los nueve niños. ¡Imposible que hubiera nadie con vida entre los restos humeantes!

—¡Benny, hijo mío! —seguía gritando la mujer—. ¿Dónde estás? ¡Mi pequeño Benny!

Y entonces, para alivio de todos, se oyó a lo lejos una vocecita infantil que respondía:

—¡Mamá, mamá!

—¡Está a salvo! —exclamó la pobre mujer, llorando de alegría—. Voy a buscarlo, señor. No saldrá mientras haya gente aquí. Está escondido en alguna mata.

Sacó a la niña del cochecito y, llevándola en brazos, corrió hacia un matorral bastante apartado del lugar del siniestro.

—¡Benny! —Gritaba—. ¡Benny, mamá está aquí! ¡Todo ha pasado ya, hijo mío!

Entonces llegó una multitud de personas que desde la feria habían visto las llamas. Tal vez estaba el marido de la pobre mujer entre aquella muchedumbre. Así lo deseaban los chicos, pensando que consolaría a su esposa.

—¿Qué harán esta noche? —preguntó Janet—. ¿Dónde dormirán?

—Seguramente, alguien les dará cobijo en su granero o les dejará camas por una noche —repuso un bombero enrollando la manguera—. Y vosotros, ya os podéis ir a casa. Gracias por habernos avisado.

—¡Lástima que ya no nos quede dinero! —dijo Jack, pensando en que lo habían gastado en la feria—. ¡Tan bien como le vendría ahora a esa pobre mujer!

En esto, llegaron dos policías y uno de ellos empezó a tomar notas, mientras el otro apartaba a la gente de los restos humeantes.

—Circulen, por favor. El incendio se ha apagado y ya nadie puede hacer nada. Tenga la bondad de marcharse, señor, y usted también, señora.

Luego se acercó al grupo de niños. Éstos, acompañados de *Scamper*, se preguntaban cómo podrían ser útiles.

—Sois los muchachos que han avisado a los bomberos, ¿verdad? —dijo el policía



—. Bien, lo habéis hecho muy bien; pero ahora haced el favor de iros a casa. Aquí ya no tenéis nada que hacer.

—¿Qué será de esa pobre mujer y sus niños? Deben de haber perdido en el incendio cuanto tenían —se lamentó.

—Nosotros nos cuidaremos de ellos —dijo el policía—. Estarán bien atendidos. Esto era sólo una choza. No debían de tener gran cosa en ella. Volved a vuestras casas y dejad que nosotros hagamos todo lo necesario por esa mujer.



El coche de los bomberos emprendió el regreso haciendo sonar su campana para que la gente se apartase. Los niños recogieron sus bicicletas y las condujeron a pie hasta la cerca, seguidos de *Scamper*. El animal parecía extrañado de que volvieran ya a casa. ¡Qué tarde tan corta!

Todos montaron en sus «bicis» y tomaron la carretera pedaleando en silencio. Ni siquiera Sussy hablaba. Fue Binkie la primera que habló. Las palabras le salieron a borbotones.

—Nunca había visto un incendio, ni trabajar a los bomberos tan de cerca. ¿Verdad que ha sido emocionante? Nunca...

—¡Basta! —le ordenó Peter—. Hablas como si hubieras visto un espectáculo. Piensa en esa pobre mujer.

—A mí no se me va de la cabeza —dijo Jorge—. Creo que lo mejor que podemos hacer es convocar una reunión de los Siete Secretos para planear el modo de prestarle ayuda. ¿Qué te parece? Podríamos reunirnos mañana a las diez.

—Buena idea —contestó Peter, satisfecho—. Eso mismo estaba pensando yo ahora. Siete Secretos, escuchad esta consigna: mañana a las diez en punto nos

reuniremos en el cobertizo.

—¿Sussy y yo también? —preguntó Binkie con voz dulzona.

—No —contestó Peter—, únicamente los Siete Secretos. Lo siento, Binkie, pero la reunión es exclusivamente para los Siete Secretos.

## Reunión de los Siete Secretos

A la mañana siguiente, a las diez menos cinco, ya estaban Peter y Janet en el cobertizo. En la puerta destacaban las impresionantes letras «C. S. S.»—, y en el interior todo estaba en orden. Cajones como asientos, una bandeja con bizcochos, limonada para saciar la sed...

—Me temo que alguno se habrá olvidado de la insignia y del santo y seña —dijo Peter—. Hace mucho tiempo que no hemos tenido reunión.

—¡Guau! —Ladró *Scamper*, agitando alegremente la cola.

Janet soltó una estruendosa carcajada:

—¡*Scamper* sabe la contraseña! ¡Acaba de decirla! Sí, *Scamper*, el santo y seña es «Guau». Eres un sol, un perro listísimo.

En esto, se oyeron pasos en el sendero del jardín y el perro lanzó un cariñoso gemido de bienvenida: había reconocido a Jorge.



Llamaron a la puerta y se oyó una voz que pronunció suavemente esta breve palabra:

—¡«Guau»!

—¡Adelante! —contestó Peter. Y Jorge entró con su simpática sonrisa y luciendo la insignia en la solapa.

—Por poco me olvido del santo y seña —confesó—. Menos mal que me la había anotado en mi diario. ¿Oís? Llega alguien más.

Eran Pamela y Bárbara. Todos conocían sus pasos. Golpearon suavemente la puerta con los nudillos y Peter reclamó imperiosamente:

—¡La contraseña! ¡Pronto!

—Peter, no estamos seguras de si es «Guau» o «Guo» —susurró Pamela tímidamente.

—¡Guau! —intervino *Scamper*.

—¡No seas chivato, *Scamper*! —le reprendió Janet.

Bárbara y Pamela exclamaron, bailando de alegría contagiosa:

—¡Gracias, *Scamper*! ¡«Guau», Peter!

—Podéis pasar —admitió Peter—. Pero os ha ido por un pelo. Si esto se repite, os quedaréis fuera. ¿Quién llega ahora?

—Jack y Colín —dijo Pamela, cerrando la puerta—. ¡Qué alegría siento al volver a verme aquí en nuestro local!

Sonaron dos golpes en la puerta.

—¡La contraseña! —ordenó Peter—. Y sin gritar, que esto sólo nos interesa a nosotros.

—La hemos olvidado —confesó Colín con voz compungida—. ¡Ha pasado tanto tiempo desde la última reunión!

—Lo siento, pero no os puedo dejar entrar dijo Peter, severo.

—¡Anda, no seas tirano! —se lamentó Jack—. Sabes que no puedo apuntarlo por temor a que Sussy se entere. Hemos usado ya tantas contraseñas, que cualquiera se acuerda de la última. Me parece recordar algo relacionado con un perro. ¿No es, acaso, «Chucho»?

—¡Guau, guau! —Ladró *Scamper*.

Pamela lanzó un grito de júbilo. Entonces se oyó una voz que salía de un arbusto cercano:

—¡La contraseña es «Guau», tontos! —Y en seguida resonaron un par de carcajadas procedentes del mismo escondrijo.

—¡Sussy, Binkie: os prohibí que me siguierais! —gritó Jack, indignado—. ¿Cómo sabéis el santo y seña?

—¡Entrad, entrad en seguida! —ordenó Peter, nervioso, abriendo la puerta.

Entraron Colín y Jack, ambos muy compungidos, y Peter se encaminó al arbusto. Acercándose a las dos chicas, que se reían burlonamente, les gritó, furioso:

—¡Fuera de aquí! ¡Hala, de prisa! Si no os largáis, dentro de dos minutos sacaré la manguera y os daré una ducha. Lo digo muy en serio.

Se oyó un cuchicheo entre las dos niñas, que al fin decidieron marcharse a cien por hora, cosa que hicieron sin dejar de reír. Sussy creía a Peter muy capaz de cumplir su amenaza y no tenía ningún deseo de recibir un remojón.

Peter volvió al cobertizo, entró y cerró la puerta. Para alivio de todos, no volvió a mencionar la cuestión del santo y seña.

—Ahora —empezó, sentándose en su cajón—, hemos de hablar del asunto del incendio. Yo he...

*Scamper* interrumpió a Peter con una serie de estruendosos ladridos. Lo vieron acercarse a la puerta, nervioso, y rascarla con sus patas.

—¡*Scamper*! ¿Qué te pasa? ¿A qué viene ese escándalo? Si son las dos entrometidas otra vez, tu deber es echarlas.

Peter abrió la puerta, con gran alegría del perro, que salió como un rayo. Todos le

siguieron con la mirada, deseosos de ver cómo asustaba a las dos chismosas.

Pero no: *Scamper* empezó a brincar alegremente alrededor de unas largas piernas cubiertas con un pantalón de pana.

—¡Pero si es Matt, el pastor de papá! —exclamo Peter, sorprendido.

Corrió hacia el simpático viejo que iba por el sendero del jardín y le saludó:

—¡Hola, Matt! ¿Busca usted a mi padre? Lo siento, pero hoy no está en casa. Ha ido a vender a la ciudad, pues es día de feria.

—Ya me lo temía —dijo el viejo, echándose a un lado la gorra para rascarse la nuca, donde terminaba el pelo gris—. En fin, ¿quieres darle un recado, Peter?

—Desde luego. ¿De qué se trata? —Pues verás. No sé si te has enterado de que anoche hubo un incendio en la Colina de Hilly-Down. Ardió la choza de Luke Bolan, y él y su familia se han quedado sin casa...

—Sí, lo vimos todo —dijo Peter, muy ufano—. Yo fui quien avisó a los bomberos, Matt.

—¿Tú? Eso está muy bien, Peter... Pues bien; tengo una idea que quiero proponer a tu padre. Pero me acabas de decir que se ha ido a la ciudad.

—Sí, y no volverá hasta la tarde —dijo Peter—. Y ¿cuál es su idea, Matt?

—Hay un viejo carromato cerca de mi choza. Yo vivía en él antes de que tu padre me construyera la cabaña, y ahora únicamente lo utilizo para guardar algunas cosas. Está muy viejo, casi hecho pedazos, pero podría servir de hogar a Luke Bolan, a su mujer y a sus niños durante una temporada. No tienen donde cobijarse, ¿comprendes?

—¡Oh! Estoy seguro de que mi padre lo permitirá —dijo Peter, y Janet asintió—. De todas formas se lo diremos a mamá. Ella sabrá si papá puede dar su permiso.



Así fue como los Siete Secretos en pleno acompañados del viejo Matt y de

*Scamper*, recorrieron el sendero que rodeaba la casa y llegaron al lugar donde estaba la madre de Peter regando las lechugas. La buena señora quedó sorprendida al verles llegar con el pastor.

—¿Qué hay, Matt? ¿Ha ocurrido algo malo?

Matt le expuso lo que acababa de explicar a Peter, y ella le escuchó atentamente.

—Desde luego —dijo—, los Bolan pueden disponer del carromato hasta que encuentren algo mejor. Sé que mi marido estará conforme. ¡Pobre mujer! Todas sus cosas se han quemado. Hemos de hacer algo para ayudarla. Diga a los Bolan que pueden instalarse en seguida en el carromato. Usted podría sacar sus cosas y guardarlas en la cabaña, durante algún tiempo, ¿verdad?

—Sí, señora, y además puedo darles una manta y dejarles una vieja mesa que no utilizo.

—También nosotros veremos lo que podemos hacer —dijo la madre de Peter. Y añadió dirigiéndose a los Siete Secretos—. ¿Me permitís que tome parte en vuestra reunión? Todos podemos hacer algo en este caso, y si estoy con vosotros, os puedo ayudar a trazar un plan acertado. Es un trabajo que debemos hacer juntos.

—¡Desde luego, mamá! Ven ahora mismo —exclamó Peter, entusiasmado—. Será para todos una alegría tenerte entre nosotros.



## Planes en abundancia

Los Siete Secretos entraron en el cobertizo siguiendo a la madre de Peter y Janet. Peter cerró la puerta.

—Me alegro de que no me hayas preguntado el santo y seña, Peter —dijo la amable señora sonriendo—. ¡Dios mío, qué orgullosa me siento de asistir a una de vuestras reuniones! Es un favor que os agradezco en el alma.

—Más contentos estamos nosotros de verte aquí, mamá —dijo Janet. Y todos asintieron con un movimiento de cabeza. Querían mucho a la madre de Peter y Janet, siempre tan amable y generosa.

Empezaron a hablar del incendio y de los Bolan, que habían quedado sin hogar.

—Luke Bolan, mamá, va con la feria de un lado a otro, y su mujer se dedica a vender buñuelos y tortas de jengibre, que hace ella misma, en las ferias que se celebran aquí. No pudimos comprarle porque se nos había acabado el dinero, y ella nos regaló unos buñuelos que se le habían quemado un poco.

—¡Qué generosa! —exclamó, sorprendida, su madre.

—Tienen una nena preciosa —dijo Pamela—. Un poco sucia, pero muy simpática.

—También tienen un niño que se llama Benny —dijo Janet—. No logramos verle. Estaba en la choza cuando se incendió, pero salió corriendo y se escondió en un matorral. La pobre señora Bolan estaba horrorizada, pues no sabía si se había quedado entre las llamas.

—Sí, ya me lo contasteis anoche —le respondió su madre—. Bueno, ahora pensemos. Propongo que todos vosotros expliquéis a vuestras madres lo ocurrido y les digáis que nosotros dejamos que los Bolan habiten el viejo carromato, pero que como se han quedado sin nada porque el fuego lo ha devorado todo, debemos, recoger para ellos todas esas cosas que se necesitan en una casa.

—¿Se refiere a cacharros de cocina y cosas así? —preguntó Pamela.

—Sí. Y si alguien puede darles un colchón viejo, no tendrán que dormir en el suelo. Una cama no cabría en el carromato, pero sí una silla plegable, mueble que les sería muy útil. También necesitan un colchón más pequeño para los niños. Y, por supuesto, comida.

—Bien —dijo Peter—. Estoy más que satisfecho de que los Siete Secretos tengan algo que hacer, Demostraremos que nuestro club se ocupa en todo. ¿Qué nos puedes dar, mamá?

—Un viejo colchón que hay en el desván —dijo la señora, pensativa—. También podéis contar con una cacerola y una sartén que ya no uso.

—Estupendo. Si todas nuestras madres nos dan cosas, convertiremos el carricoche en un perfecto hogar —dijo Janet—. Yo creo que todos vosotros, al salir de aquí, debéis preguntar en vuestras casas lo que os pueden dar. Después de comer, lo antes posible, conviene que volvamos a reunimos.

—Haremos una lista de las cosas que tengamos —dijo Peter—, y escogeremos las que verdaderamente pueda necesitar la señora Bolan. Mamá nos ayudará, ¿verdad, mamá?

—Claro que sí, Peter —contestó la madre con una sonrisa—. Y cuando hayamos decidido lo que los hemos de llevar, lo cargaremos en nuestro carro. Nos llevaremos también una escoba y una pala: sin duda, el viejo carricoche necesitará una buena limpieza.

—¡Ah, qué bien! —exclamó Bárbara—. Soy una campeona fregando. Ojalá no estuviera la señora Bolan: así veríamos la cara que pondría al encontrarlo todo limpio y arreglado.

—A mí también me gustará dejarlo todo limpio como un espejo —dijo Pamela—. ¿Nos vamos ya a casa?

—Sí —contestó Peter—; cuanto antes, mejor. No os olvidéis de explicar a vuestras madres lo que ha dicho la mía. Seguro que todo irá viento en popa y que todas contribuirán con lo que puedan.

Los Siete se levantaron como un solo hombre. *Scamper* empezó a mover la cola con gran brío y a saltar alrededor de Peter.

—¿También quieres ayudar tú, mi buen amigo? —preguntó Peter—. Bien, te llevaremos con nosotros. Y vosotros recordad que es necesario volver en seguida después de comer. Si es posible, a las dos y media. ¡Y NO OLVIDÉIS LA CONTRASEÑA, POR FAVOR!

—¡«Guau»! —Exclamaron los siete al unísono. Y *Scamper* respondió con entusiasmo:

—¡Guau!

—Gracias, mamá, por haber venido a nuestra reunión —dijo Janet, abrazando a su madre—. Te presentaremos nuestra lista esta tarde y tú nos dirás lo que puede ser más útil para esa pobre mujer y su carricoche. Matt se sorprenderá cuando nos vea.

—Desde luego —respondió la madre—. Es un viejo simpático y bonachón. Se alegrará al ver el éxito que ha tenido su idea.

Todos se alejaron pedaleando hacia sus casas. Ansiaban exponer a sus madres el acuerdo de la asamblea.

Peter y Janet subieron al desván en busca del colchón. Lo encontraron envuelto en papel de embalar y atado con un cordel.

Lo arrastraron hasta lo alto de la escalera y lo dejaron caer rodando.

El colchón fue a parar al vestíbulo con gran estrépito. *Scamper*, que estaba allí, salió disparado, más asustado que un conejo.

La madre registró el armario de la ropa blanca. Encontró dos sábanas en desuso y una funda de almohada. También sacó una manta de buena lana. Del armario de la cocina sacó una cacerola, una sartén y una tetera. A esto añadió una estufa de petróleo.





Peter y Janet lo amontonaron en la entrada de la casa para tenerlo a mano cuando el carro regresara al atardecer, después de la jornada de trabajo. La madre había dispuesto que se trasladaran las cosas entonces.

Un poco antes de las dos y media llegaron los demás miembros de los Siete Secretos con la lista de lo recogido en sus agendas. Esta vez ninguno olvidó la contraseña, y *Scamper* respondía a todos con sus ladridos.

Peter reunió las listas y las leyó.

—¡Nuestras madres son espléndidas! —exclamó, contentísimo—. Todas ofrecen prendas de abrigo. Presentemos a mi madre la lista general para que ella escoja lo que le parezca. Creo que con todo esto se podrían equipar una docena de carricoches.

Fueron corriendo a llevar la lista a la madre de Peter y ésta empezó a tachar las cosas que no hacían falta y las que estaban repetidas.

—Ya está —dijo—. ¿Podréis tenerlo todo preparado en seguida?

—Sí, sí —gritaron los niños.

—¡Estupendo! ¿Oís? Ya llega el carro. Cargaremos nuestras cosas y luego iremos de casa en casa a recoger lo demás. ¿No os parece?

Fue una gran diversión para los niños. Los Siete iban en el carro. Pasaron por los domicilios de todos. Las madres ofrecían generosamente su aportación. Y decían que estaban muy satisfechas de que los Siete Secretos hubieran pensado en aquella obra tan humanitaria.

—Ahora vamos ya al carromato —dijo la madre, que conducía el carro—. Nos

hemos de poner a trabajar en seguida. Tenemos mucho que hacer.

## ¡Todos a trabajar!

—Cuando hablaste con tu madre de los donativos, ¿estaban delante Sussy y Binkie?  
—preguntó Janet a Jack—. ¿Pretendieron intervenir?

—¡Claro! Y se enfadaron mucho al decirles yo que era un asunto exclusivo de los Siete Secretos —explicó Jack—. Dije a Sussy que podía sacar dinero de su hucha, comprar lo que quisiera y entregárnoslo. Pero lo que ella quería era trabajar con nosotros.

—Yo creo que esta vez debíais haber admitido su ayuda —dijo la madre de Peter.

—No entiendes de estas cosas, mamá —replicó Peter—. Si consentimos que Sussy venga con nosotros una sola vez, ya no nos libraremos nunca de ella. No podemos ser ocho, porque somos los «Siete Secretos».

El carro se detuvo ante el portillo de una valla. Un camino cubierto de hierbas conducía, contorneando la Colina, al lugar donde el viejo Matt, el pastor, tenía su cabaña y guardaba el rebaño.

El carro iba dando saltos por el infernal camino, y los cacharros chocaban unos contra otros armando ruido y divirtiendo a todos. Las chicas, sentadas en los colchones y las mantas, iban muy cómodas.

—Aquí viene el viejo Matt.

Efectivamente, el pastor se acercaba y se reía al ver a los chiquillos dentro del carro.

—¿También usted ha venido, señora? —exclamó—. ¡Qué buena es usted! ¡Cuántas cosas, santo Dios! Ese trasto viejo va a parecer una casa de verdad. Lo he barrido un poco, pero sigue estando muy sucio.

—Ya verá qué limpio lo dejamos nosotras —dijo Janet, bajando de un salto—. ¡Ven, mamá!

Todos trabajaron de firme. Barrieron, fregaron, arreglaron las cosas. Cada cual cumplió su misión a gusto y alegremente. Peter colocó dos estantes para cacharros. Jorge trasladó los colchones enrollados al carromato.

—A la señora Bolan le será fácil desatarlos para dormir.

Matt regresó unas dos horas después. Había tenido que recoger el rebaño y su viejo perro le acompañaba. *Scamper* corrió a su encuentro para jugar, pero el perro del pastor se echó, apoyó el hocico entre las patas y cerró los ojos.

—¡No le importunes, *Scamper!* —dijo Peter, riéndose del gesto de sorpresa de su perro—. Déjalo en paz: ha corrido muchos kilómetros tras el rebaño y está rendido. Matt, ¿ha hablado ya con la señora Bolan del carromato?

—Sí, muchacho; los dos están muy contentos. La mujer no quería creerlo al principio. Pero no le he dicho que vendríais a arreglarlo todo; pensé que sería mejor darle una sorpresa. No tardará en llegar.

—¡Estupendo! Hemos acabado —dijo Peter—. Venga y mire, Matt.

Matt no podía dar crédito a sus ojos al ver el viejo carro: limpio, reluciente,

acogedor. Le parecía un milagro.

—¡Hay que ver! ¡Nadie lo hubiera dicho! El amo me dijo que pensaba aprovecharlo como leña el próximo invierno.



—Por allí viene la señora Bolan —dijo Janet—. Siempre con su desvencijado cochecito. Y con ella viene el niño. El cochecito va cargado con dos barras de pan y un par de paquetes. ¡Pobre mujer! Toda su comida desapareció en el incendio y no hemos pensado en traerle nada.

—Sí que hemos pensado —dijo Jorge—. Mi madre me ha dado unas latas de conservas. Las he colocado en los estantes que ha montado Peter. Seguramente la señora Bolan trae leche para la niña.

—Podríamos encargarnos al pastor que se la trajera todas las mañanas, ¿no, mamá? —dijo Peter.

La buena mujer conducía el cochecito hacia ellos, sorprendida y asustada de ver tanta gente ante su nuevo hogar. Sonreía nerviosamente. Matt fue a su encuentro y le habló tan dulce y cariñosamente como si fuera una de sus ovejas.

—Venga usted, señora Bolan; no tema; todos somos amigos suyos. Éste es el hogar que la señora ha puesto a su disposición. Eche una mirada dentro. Verá qué bien está...

La madre de Peter se acercó a ella.

—¡Sentimos mucho lo del incendio de anoche! —exclamó—. ¡Qué niño tan precioso! ¿Cómo se llama?

Pero apenas notó que una mano le acariciaba, Benny dio media vuelta y salió corriendo con los brazos abiertos y dando traspies. Janet corrió tras él.

—Dejadle —rogó la mujer—. ¡Está tan asustado el pobre con el incendio y todo lo demás!

Janet se detuvo. El muchacho, que tenía unos ocho años, era demasiado pequeño

para su edad y tenía un aspecto extraño. Sus ojos eran enormes, oscuros e inexpresivos. El cabello, muy negro y rizado, rodeaba su cara curtida. Se escondió en un arbusto, encogiéndose como un animalito, y permaneció atento a todo lo que se decía.

La señora Bolan contemplaba admirada el interior del carromato.

—¡Es magnífico! —exclamó, mirando en todas direcciones—. ¡Hasta hay latas de conserva en los estantes! ¡Y todo limpio como un espejo! Es usted muy buena, señora. Estuve toda la noche llorando por la pérdida de nuestra choza. Era fría y húmeda, pero era nuestro hogar.

—¿Cuándo llegará su marido? —preguntó Peter, pensando en la sorpresa que recibiría Luke.

—¡Oh! Luke está profundamente trastornado —repuso la señora Bolan, compungida—. Perdimos algunas cosas de valor en el incendio. Yo me quedé sin mi máquina de coser y Luke sin su banjo.

—¿Cómo? ¿Toca el banjo? —exclamó Colín—. Mi tío también lo toca. ¡Qué lástima que se le haya quemado!

La niñita empezó a llorar y la señora Bolan la tomó en sus brazos.

—Tengo que darle leche —dijo—. Después la acostaré, bien abrigadita. ¡Qué contenta estoy! Le enviaré a Luke en cuanto pueda para que le dé las gracias, señora.

—¿Nos vamos ya? —preguntó Peter.

Su madre asintió y se volvió hacia Matt.

—¿Podrá traer leche todos los días para la niña, Matt?

El viejo pastor contestó afirmativamente.

—Bien. Adiós, señora Bolan —dijo Peter.

Todos se despidieron con palabras amables. Peter añadió:

—Mucha suerte. Deseamos que se sienta a gusto en su nuevo hogar. Si necesita algo más, no tiene más que decirlo.

Peter se acercó al escondrijo de Benny.

—¡Adiós, Benny!

Pero el extraño muchacho no contestó. Aunque fijó su vista en el rostro de Peter, a éste le pareció que no lo miraba. ¡Qué chiquillo tan raro!

## Sussy y Binkie saben fastidiar

Cuando los Siete Secretos bajaron de la Colina en el carro de los padres de Peter, todos muy satisfechos de la buena obra que acababan de hacer, vieron a lo lejos a un hombre que subía lentamente por la ladera.

—Estoy segura de que es Luke Bolan —exclamó Janet—. Confío en que se alegrará al ver lo que hemos hecho por él.

—Desde luego —dijo la madre—. Pero no olvidéis que aunque tengan un techo para cobijarse, el matrimonio Bolan ha perdido todo cuanto poseía, excepto el cochecito de la nena. Es horrible perder lo que uno tiene y ama, como ha perdido Luke su bonito banjo.

—¿Es muy caro? —preguntó Jack.

—Carísimo —repuso Colín—. A mi tío le costó un dineral el suyo.

Y empezó a imitar con los dedos el rasgueo del banjo y con la boca el sonido, lo que hizo reír a toda la pandilla.

—¿Cuándo nos reuniremos de nuevo? —preguntó Bárbara—. Lo estoy deseando. Las dos últimas reuniones me encantaron.

—Por mí, podemos reunirnos cuando queráis —dijo Peter—. Aunque no tengamos ningún motivo especial, la reunión nos servirá para charlar y pasar un buen rato. Mamá, ¿podemos bajar del carro y seguir el camino a pie? La tarde es tan bonita, que da gusto correr por el campo.

—Podéis bajar —respondió la madre—. Y por si después tenéis ganas de merendar, os prepararé algo extraordinario. Será un poco tarde, pero no importa. Será una merienda por todo lo alto. Os lo merecéis. Habéis trabajado de lo lindo y debéis tener un apetito atroz. Ya avisaré a vuestras madres por teléfono.

—¡Oh, mamá! ¡Eres un sol! —exclamó Janet, y todos asintieron—. ¡Claro que estamos hambrientos y que nos vendrá de perilla una buena merienda! ¿Qué nos darás? ¿Huevos? ¿Jamón?...

—Ya lo verás —repuso, riendo, la madre—. Bueno, ya podéis bajar. Adiós, yo seguiré sola. Hasta dentro de un par de horas.



Los Siete Secretos bajaron del carro de un salto y *Scamper* hizo lo mismo. El campo estaba que daba gloria verlo. Era una magnífica tarde de primavera. Los pájaros trinaban en sus nidos y los lirios silvestres alegraban con su blancura el verde de las plantas. Millares de florecillas brotaban aquí y allá, y los niños correteaban entre ellas.

—Las flores brillan como si estuvieran recién lavadas —exclamó Bárbara.

De pronto, se oyeron voces que paralizaron a los siete niños.

—¡Eh! ¡Esperadnos!...

—¡Maldita sea! —exclamó Jack, indignado—. Son Sussy y Binkie.

En efecto, las dos muchachas bajaban corriendo por la Colina.

—¡Hola! ¿Qué ha sucedido en el carromato? —preguntó Sussy.

Se lo contaron, y tanto ella como Binkie escucharon con gran interés.

—Podíais haber aceptado nuestra ayuda —se lamentó Sussy—, aunque no pertenezcamos a los Siete Secretos.

—Ya os dijimos que podíais contribuir comprando alguna cosa para los Bolan —dijo Janet—. ¿Por qué no lo habéis hecho? Podríais haber llevado el regalo vosotras mismas.

—Bien. Todavía estamos a tiempo de hacer algo, ¿no? —dijo Sussy—. ¿Podemos ir con vosotros ahora o seguís siendo los intocables Siete Secretos?

—No seas boba —dijo Peter—. Ya puedes ver que en estos momentos no estamos trabajando para el club; así que podéis venir con nosotros.

—Binkie ha escrito una poesía —anunció Sussy, conteniendo la risa— que habla de «Los Siete Secretos».

—Nos tiene sin cuidado —dijo Jorge, temiendo una burla.

—Tiene un estribillo muy gracioso —continuó Sussy—. Deja que la recite, Peter. Nosotros podremos corearla. Ya veréis lo bonita que es.

—¡No lo consientas, Peter! —exclamó Jack—. No puedes figurarte lo insoportables que se ponen cuando se juntan para tomarle a alguien el pelo.

Pero fue imposible frenar a Sussy y a Binkie. Ésta empezó a recitar burlonamente:

*Ahí van los Siete Secretos.  
Con sus caras inocentes  
y de sabios repelentes,  
parecen unos paletos.  
Creen que estamos en el bote  
y siguen dándose pisto,  
pero no hay ninguno listo:  
son tontos de capirote.*

—Ahora, todos el estribillo —dijo Sussy—. «Son tontos de capirote».

Los Siete Secretos se indignaron y, echando chispas, arremetieron contra las cargantes chiquillas.

—¿Cómo os atrevéis?... ¡Estúpidas! ¡Os vamos a dar una...!

Pero Sussy y Binkie echaron a correr, mientras se reían de los enfurecidos Siete Secretos.

—Eso os ha pasado por no haber querido que os ayudásemos esta tarde —gritó Sussy, deteniéndose un momento—. Nos habéis despreciado y ésta ha sido nuestra venganza.

Y siguieron su desenfrenada carrera.

—Ya suponía yo que harían algo así —se lamentó Jack—. Lo siento, chicos, pero yo no tengo la culpa de que Sussy sea mi hermana y Binkie su amiga. Ya os podéis figurar lo que es tener que soportar a una niña así toda una semana.

—Es una canción estúpida y grosera —dijo Bárbara, que no podía soportar las burlas.

—A mí me parece una tontería, algo sin importancia —exclamó Jorge.

Pero los demás no estuvieron de acuerdo con él y siguieron la marcha cabizbajos.

Al pasar junto a unos bancales en que había un espantapájaros, se volvieron a mirarlo. Era un muñeco muy gracioso. Un cuervo negro se había posado sobre el viejo sombrero, que había sido también negro tiempo atrás, pero que ahora tenía un color amarillo que contrastaba con el plumaje del ave. El viento hinchaba la descolorida chaqueta que lo cubría, y así parecía que dentro de ella había un cuerpo de carne y hueso.

—Lleva los pantalones viejos de papá —exclamó Janet, riendo—, aquellos que no le gustaban a mamá porque eran demasiado claros y se notaban mucho las



manchas de barro. Y alguien le ha puesto una bufanda en el cuello. Roja con lunares blancos. Es como la que llevaba nuestro mozo.

El cuervo estaba inclinado sobre la cabeza del espantapájaros y la picoteaba. Peter le gritó:

—¿Quieres dejarlo en paz? Tu obligación es huir de él, puesto que es un espantapájaros. ¡Déjalo de una vez!

El cuervo lanzó dos fuertes graznidos que resonaron como una carcajada, abrió sus grandes alas y emprendió el vuelo tranquilamente.

—Creo que ha soltado un taco. Se ha enfadado como Binkie —dijo Jorge—. ¿Sabéis lo que os digo? Que tengo un hambre espantosa. Yo creo que debemos ir por la merienda que nos ha prometido la madre de Peter. ¿Qué opináis?

Todos estuvieron de acuerdo. Había que ir en busca de aquella merienda; del jamón, de los huevos, del queso, de la fruta, de las pastas. Total, un banquetazo. ¡Todos a merendar! Y *Scamper* también quería su parte, pues empezó a ladrar desesperadamente.

—¡Guau, guau! ¡Guau, guau!

## Matt trae noticias sorprendentes

La merienda estaba ya preparada cuando los siete niños irrumpieron en casa de Peter. Se lavaron las manos y se sentaron a la mesa.

—¡Vaya banquetazo! ¡Crema de queso! —exclamó Jack relamiéndose.

—¡Huevos con jamón, mi plato favorito! —exclamó Pamela, hambrienta.

—Os podéis servir vosotros mismos —les invitó la madre de Peter, y añadió—: Os lo merecéis por vuestro trabajo de esta tarde. Oye, Jack; vi a tu hermana Sussy y a su amiga. Estuve a punto de invitarlas también.

—¡Buena la hubieras hecho, mamá! —refunfuñó Peter, al mismo tiempo que se servía un par de salchichas frías, un huevo duro y una lonja de jamón—. Has de saber que esa Binkie ha escrito una canción insultante sobre los Siete Secretos, y si la llegas a invitar, nos la habría soltado durante la merienda. ¡Seguro!

—Y yo le habría tirado la crema de queso a la cabeza —gritó Jack.

—Eso habría estado muy mal —le reprendió la madre de Peter—. Yo no hago la crema de queso para que se tire a la cabeza de nadie... Colín, ¿por qué te sirves tan poco jamón?

—Está encandilado —dijo Pamela, dándole un codazo—. ¡Eh, despierta! ¿En qué estás pensando?

—Pues estaba ideando una poesía sobre Binkie —dijo Colín volviendo a la realidad.

—¿Una poesía? Pero ¿sabes hacer versos? —le preguntó Janet, admirada—. ¿Cómo empieza?

—Pues empieza así... —Comenzó Colín. Pero de pronto se calló y dijo—: No, más vale dejarlo.

Mas con ello sólo consiguió avivar el interés de los demás, que le suplicaron hasta que Colín no tuvo más remedio que recitar los primeros versos con cierto temor de que la madre de Peter los desaprobase:

*Binkie, eres un bichito  
y te damos un consejo:  
deja de hacer el conejo  
y ten quieto el hociquito.*

No se pudo oír la continuación: la ahogó una estruendosa carcajada lanzada a coro.

—¡Oh, Colín! Es el retrato exacto de Binkie —exclamó Jack, entusiasmado—. Se lo recitaré cada vez que ella y Sussy me molesten con su insultante canción sobre los Siete Secretos.

—¿Qué sigue? —preguntó Janet, impaciente, y mirando a Colín con admiración.

—Sólo tengo dos versos más —dijo Colín.

*Pues así no son visibles  
tus dos dientes roedores...*

—Y no sé cómo acabar —añadió Colín.

—Eso no es precisamente una amabilidad —dijo la madre de Peter.



Colín se puso colorado y no dijo nada más.

—Oye, mamá —exclamó Janet—: Sussy y Binkie tampoco han sido amables con nosotros. Pensemos la continuación.

*Pues así no son visibles  
tus dos dientes roedores...*

—No, no sigas —la interrumpió Colín, que no quería disgustar a la madre de Peter, y que se enfadó de tal modo con Janet, que intentó darle un puntapié por debajo de la mesa. Pero se lo dio al pobre *Scamper*.

El perro lanzó un alarido de protesta.

—Lo siento, *Scamper*, lo siento de veras —dijo Colín, agachándose e introduciendo la cabeza debajo de la mesa para calmar al perro..., y también para cambiar de tema.

—¡Bueno! —exclamó Peter al terminar—. ¡Esto es una merienda! Quisiera volver a empezar..., pero no, no podría.

—Es curioso —dijo Pamela—. Cuando probé la crema de queso al empezar la merienda, me pareció la mejor del mundo, y ahora que estoy a punto de reventar, ni siquiera puedo mirarla.

—Os ayudaremos a fregar los platos, Janet —dijo Bárbara.

—¡Gracias! —exclamó Janet—. ¿Nos das permiso, mamá? Tendremos mucho

cuidado.

—No esperaba menos de vosotros —dijo la madre sonriendo y dejando solos a los chicos—. A ver cómo lo hacéis.

Los siete niños empezaron a ir y venir. Llevaron los platos sucios a la cocina y todos participaron en el fregoteo. De pronto, Peter, que se dedicaba a secar platos lavados, dijo:

—Mañana por la mañana, reunión. ¿Podréis venir a las diez?

—Yo no —se lamentó Pamela—. He de hacer varios recados para casa. Pero podré ir a las once.



Tras una consulta general, se convino que la reunión fuera a las once.

—Bien —dijo Peter—. Pero hay que buscar una nueva contraseña, ya que la anterior la conocen Sussy y Binkie.

—¡Guau! —Ladró *Scamper*.

—Sí, ya sé que ésa era la contraseña anterior —le dijo Peter alegremente—. Pero, ya que eres tan listo, dinos cuál puede ser la próxima. ¡Anda, a ver qué se te ocurre!

¡Pam, pam, pam! Este ruido lo producía la cola de *Scamper* al golpear el suelo, mientras el animal miraba a Peter, encantado de que su amo le hablase en aquel tono de cariñosa alegría.

—Gracias, *Scamper*. «Pam» será nuestra contraseña. Espero que nadie la olvidará.

Y nadie la olvidó. A la mañana siguiente, todos los miembros del club, al llamar, uno tras otro, a la puerta del cobertizo, donde les esperaban Peter y Janet, dijeron la nueva contraseña.

—«Pam»...

—«Pam»...

Y cada vez que la oía, *Scamper* golpeaba alegremente el suelo con su cola. Antes no le encargaban a él de buscar las contraseñas, y se sentía orgulloso de su nueva misión.

Pronto los siete estuvieron sentados, cada cual en su sitio, y empezaron a charlar. Hablaron de la familia Bolan y de su nueva vida en el carromato. ¿Se acordaría Matt de llevarles todas las mañanas la leche para la niña? Después Jorge preguntó a Jack si Sussy y Binkie sabían que él había acudido a una reunión del club.

—No. Me escabullí cuando vi que se habían subido a un árbol del jardín —dijo Jack—. Allí las dejé cantando esa horrible canción que han ideado contra nosotros. Yo traté de recordar la que compuso Colín sobre Binkie, pero no lo conseguí. ¿Cómo es, Colín?

Mas antes de que éste pudiera contestar, alguien se acercó a la puerta y llamó:

—¿Quién es? —preguntó Peter—. Nadie puede entrar si no dice la contraseña. Estamos en plena sesión.

—Soy Matt, el pastor —dijo la voz de éste. Y entonces Peter abrió la puerta.

Allí estaba Matt. Su semblante expresaba preocupación.

—¿Alguno de vosotros ha cogido las ropas con que vestí al espantapájaros? Hay muchos grajos. Ya no se asustan, pues del espantapájaros sólo quedan los palos y la calabaza que hace de cabeza. Estas figuras han de estar vestidas como los hombres de verdad para que esos pajarracos les tengan miedo.

—Nosotros no hemos desnudado al espantapájaros —respondió Peter—. Nunca se nos ha ocurrido hacer una cosa así.

—Bueno, pues a ver si me ayudáis a descubrir quién lo ha hecho —dijo Matt—. Esta noche le explicaré a tu padre lo ocurrido. Descubrid al ladrón. ¿Lo haréis?

Y se marchó dejando a los siete boquiabiertos. ¿Quién podría ser el autor de un robo tan tonto?

## Un suceso inesperado

Los Siete Secretos se miraban unos a otros estupefactos.

—Pero si ayer mismo vimos ese viejo espantapájaros —exclamó Peter—. Y estaba vestido. Tenía un cuervo en la cabeza, lo que quiere decir que ni estando vestido le daba miedo.

—¿Quién habrá robado esas ropas? —preguntó Jack—. No valían nada; estaban hechas jirones.

—El espantapájaros las llevaba desde hacía mucho tiempo. Por eso estaban tan viejas. ¿Quién se podía imaginar que hubiera alguien que quisiera aprovecharlas?

—No valían ni un penique —dijo Peter—. Me sorprende que Matt sospeche de nosotros.

—Recuerda que una vez hicimos una travesura con un espantapájaros —dijo Janet—. Habíamos sembrado en nuestro huertecito y birlamos un espantapájaros de un campo de trigo para proteger nuestras plantas. Papá se enfadó mucho con nosotros, pero mamá nos defendió, diciendo que lo habíamos hecho sin mala intención y que éramos demasiado pequeños para comprender.

Todos se echaron a reír al imaginarse a Peter y Janet transportando el espantapájaros para proteger su huertecito.

—Eso explica que Matt haya sospechado de vosotros —dijo Colín.

—¿No habrán sido Sussy y Binkie? —insinuó Jorge.

—Estoy seguro de que todos hemos pensado lo mismo.

—Desde luego —dijo Jack—, es una trastada muy propia de ellas. Si la han hecho, ahora serán felices pensando en las preguntas que nos harán, en nuestra curiosidad y en nuestras dudas.

—Bueno, lo mejor es que tú preguntes a Sussy —dijo Peter a Jack—. Si ves que se le escapa la risa y no te contesta, dile que nos lo contarás, y que vamos a encargarnos del asunto para recuperar la ropa robada.

—Me parece muy bien —observó Jack—. Yo creo que, entre tanto, Colín debe terminar su poesía sobre Binkie y, además, escribir otra sobre Sussy. Ese par de frescas no merecen otra cosa.

—Bueno, a otro tema. ¿Quién quiere venir al cine esta tarde? —preguntó Peter—. Janet y yo hemos pensado ir, y nos gustaría que nos acompañarais algunos de vosotros.

—Yo no puedo ir —repuso Jack, apenado—. Si se lo pido a mi madre me obligará a llevar a Sussy y a Binkie, y no quiero pasar la tarde con ese par de locas.

—Yo tampoco puedo ir —dijo Pamela—. Bárbara y yo estamos invitadas a merendar en casa de una amiga.

—Pues yo sí que voy —dijo Colín, y Jorge afirmó con la cabeza—. De modo que podéis contar con dos. Si os parece, nos encontraremos los cuatro delante del cine cinco minutos antes de empezar la sesión. Pero ¿qué hacemos con el asunto del

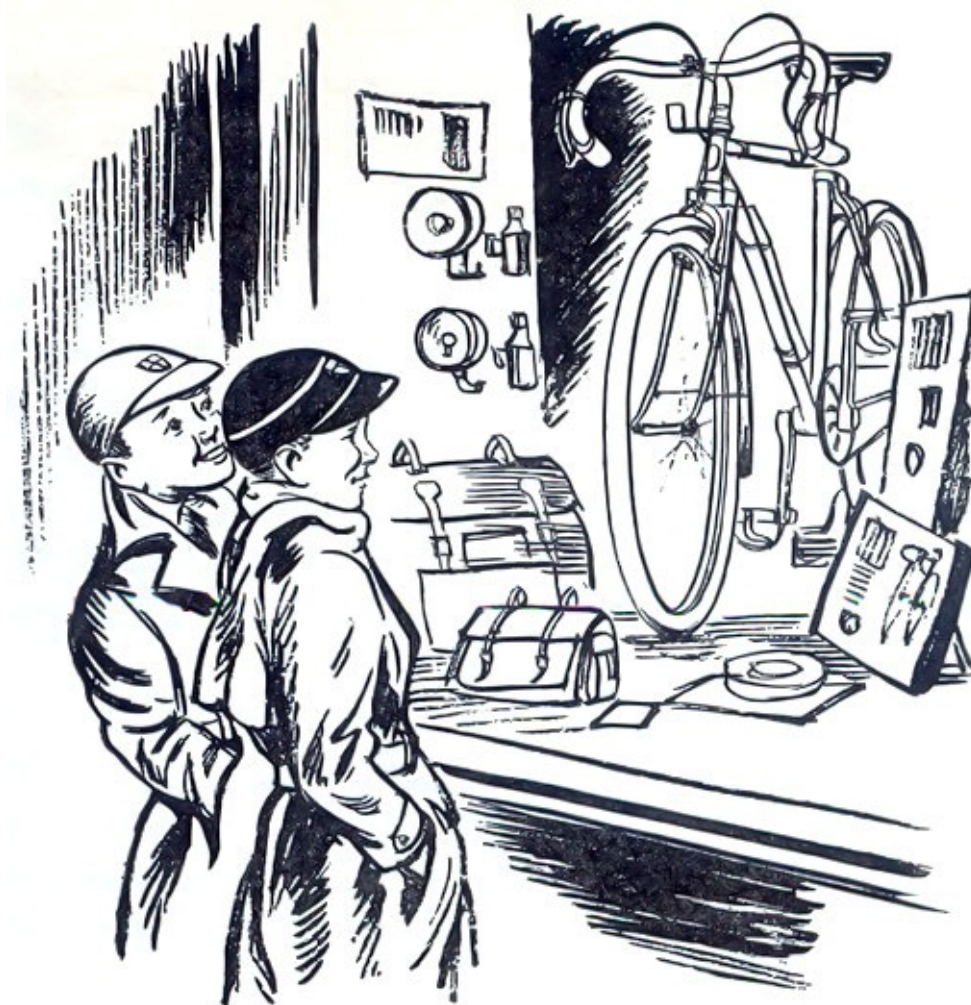
espantapájaros? ¿Empezamos ya las pesquisas?

—No; esperemos a que Jack haya preguntado a Sussy y a Binkie si saben algo del robo —decidió Peter levantándose—. La reunión de hoy ha terminado. Para la próxima ya os avisaré. Ojalá sucediera algo emocionante, aunque no horrible como el incendio de la otra noche.

Al atardecer, Janet y Peter se encontraron con sus dos amigos frente al cine. Sacaron las entradas y entraron en el oscuro salón. La película fue estupenda. Les gustó tanto que se esperaron para volverla a ver. Salieron satisfechísimos. Era ya de noche, y la noche oscura y sin una sola estrella. Peter y Janet se habían traído las bicicletas, y Colín y Jorge no.

—¡Adiós! —Dijeron los dos ciclistas, y desaparecieron en la oscuridad sólo iluminada por las oscilantes luces de las bicicletas.

Colín y Jorge avanzaban despacio, charlando animadamente. Las tiendas estaban ya cerradas, pero algunas tenían todavía los escaparates iluminados, y los transeúntes podían admirar los objetos expuestos en ellos. Los dos chicos se detenían a cada momento ante las lunas iluminadas. La iluminación era especialmente brillante en la tienda de bicicletas, y los dos amigos contemplaron embelesados un nuevo modelo. La siguiente tienda iluminada era de antigüedades. Siempre se veían cosas interesantes en ella: instrumentos musicales, espejos, juegos de té, lámparas... Colín y Jorge admiraron sobre todo un cuadro que representaba una antigua batalla. Luego siguieron su camino pensativos.



De pronto, al llegar a la primera esquina, Colín exclamó, aterrado:

—¡He perdido el reloj! Se me debe de haber caído en el cine. ¡Qué escándalo me armarán en casa si no lo encuentro! Volvamos, Jorge, y miremos bien por el suelo.

Volviéron atrás lentamente. Jorge iluminaba con su linterna el camino. Pero la pila estaba ya muy gastada, y la luz fue debilitándose, hasta que se apagó por completo.

—¡Sólo faltaba eso! —Exclamó, indignado, Colín—. Nos hemos quedado sin luz cuando más la necesitábamos. ¿Por qué no me habré traído mi linterna? Imposible encontrar el reloj en esta oscuridad.

En este momento alguien pasó junto a ellos con gran sigilo, sin ver a los dos muchachos, que ahora buscaban a tientas por la acera. Fue algo así como una sombra que se deslizara sin ruido. Colín y Jorge se asustaron.

—¡Qué hombre tan silencioso! ¿Será un policía que acecha a alguien? —preguntó Jorge—. ¿Y si le siguiéramos? Si es un policía, le podríamos explicar que has perdido el reloj. Así, si alguien lo hubiera llevado a la comisaría lo recogeríamos y te evitarías que te riñeran en casa.

—¡Buena idea! —dijo Colín.

Y empezaron a seguir al silencioso desconocido, al que vieron de lejos cuando pasaba ante una tienda iluminada.



Ya iban a darle alcance y estaban frente a la tienda del anticuario, cuando, antes de que pudieran dirigirle la palabra, observaron que el individuo dirigía en torno de él una mirada singular, sospechosa.

—No creo que sea un policía —susurró Colín—. ¿Qué irá a hacer?

Pero en este momento sucedió algo extraordinario. Obrando con gran rapidez, el hombre sacó un objeto del bolsillo y lo lanzó contra el cristal del escaparate del anticuario.

«¡Crac!», se oyó en el silencio de la noche.

El vidrio se hizo añicos y los trozos se esparcieron por el suelo, brillando y multiplicando las luces de la tienda.

Los dos chicos, bastante asustados, vieron como el hombre cogía algo del escaparate y echaba a correr. Pasó junto a ellos. Colín trató de ponerle una zancadilla, pero no extendió el pie lo suficiente. El fugitivo pudo huir. Pasó bajo el resplandor de un farol cercano y desapareció rápidamente en la oscura noche.

—Corramos tras él —exclamó Jorge.

Y salieron como dos rayos en pos del desconocido. Al doblar la primera esquina detrás del ladrón, ya no pudieron verle, porque desapareció en la oscuridad. Sus pasos eran tan silenciosos, que tampoco lograron oírlo.

El ruido de cristales rotos había atraído a una multitud de curiosos. Nadie sabía nada, pero todos gritaban y gesticulaban.

Apareció un policía como por arte de magia y el anticuario salió corriendo de su tienda. Sus gritos se sumaron a los de la multitud.

Colín y Jorge tenían algo importante que contar a los Siete Secretos.

## De sorpresa en sorpresa

Colín y Jorge corrieron hacia la tienda de antigüedades. Su propietario, un hombre de escasa estatura, se retorció las manos mientras miraba la destrozada luna y el escaparate lleno de trozos de vidrio, mezclados con los objetos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el fornido policía, apareciendo silenciosamente y sacando su cuaderno de notas—. ¿Quién ha hecho esto?

—Un hombre —dijo alguien—. Lo vi cuando atravesaba la calle, pero no puedo explicarle cómo era. Desapareció con gran rapidez.

—¿Qué han robado, señor? —preguntó el agente al dueño de la tienda.

—No se lo puedo decir hasta que haga una revisión —repuso el anticuario—. ¡Santo Dios, el cuadro antiguo está roto! Un trozo de vidrio ha cortado el lienzo. ¡Y un ladrillo ha caído sobre ese precioso jarrón y lo ha destrozado! No sé exactamente lo que había en el escaparate, y no lo sabré hasta que pregunte a mi dependiente, pues él lo arregló ayer, estando yo ausente. ¡Señor, Señor! ¡Qué desgracia!

Ante la tienda había cada vez más gente. Pronto apareció otro policía. Colín y Jorge se preguntaban si debían decir que ellos también habían visto romper el cristal. Y cuando ya iban a hacerlo, uno de los policías se fijó en ellos y otros niños que había entre la multitud.



—Marchaos a casa —les dijo severamente—. ¿Oís? No nos podéis ayudar. Por el contrario, entorpecéis nuestro trabajo. ¡Largo de aquí!

Colín y Jorge aprovecharon la ocasión para marcharse. Estaban seguros de que su declaración ayudaría muy poco a la policía. Además, les inquietaba la idea de ser el centro de todas las miradas si se ponían a hablar con los agentes. Por otra parte, los podían tomar por los culpables y llevárselos detenidos.

—Debemos avisar mañana a Peter para que convoque una reunión de los Siete Secretos —dijo Jorge mientras volvían a casa a paso ligero—. No creo que podamos aclarar nada, pero tenemos el deber de dar cuenta a los demás de lo que hemos visto.

Colín estuvo de acuerdo con él. Sería emocionante contar a sus compañeros lo ocurrido. Cómo le habría gustado que Jorge y él hubieran conseguido detener a aquel hombre. ¡Qué éxito!

Colín telefoneó a Peter a la mañana siguiente.

—Peter, ¿eres tú? Escucha: anoche, al salir del cine, Jorge y yo vimos como un ladrón rompía el cristal de un escaparate y robaba algo. Fue en una tienda de antigüedades. Nosotros vimos al ladrón, ¿no crees que deberíamos reunirnos? Sería emocionante.

—¿De veras visteis al ladrón? —dijo Peter—, Papá se enteró por el mozo de cuadra y nos lo ha contado durante el desayuno... ¡Qué lástima que Janet y yo no nos retrasáramos unos minutos! Lo habríamos visto todo.

—Nosotros también íbamos un poco adelantados. Menos mal que tuvimos que volver atrás para buscar mi reloj. Si no hubiera notado que no llevaba el reloj, no habríamos visto nada. ¿A qué hora nos reuniremos, Peter? Jorge y yo podemos avisar a los demás ahora mismo si quieres.

—Bien. Venid lo antes posible. Janet y yo os esperaremos en el cobertizo.

Poco después los Siete Secretos, con los nervios en tensión, se reunían en el cobertizo. Todos habían oído hablar del suceso, pero sólo Pamela sabía lo que el ladrón había robado.

Pamela escuchó en silencio el relato de Colín y Jorge. Peter y Janet se dijeron que ojalá Colín hubiera descubierto antes la falta de su reloj: así habrían presenciado el emocionante suceso.

—Lo más chocante es —dijo Colín— que no había perdido el reloj. Lo encontré en mi mesilla de noche cuando volví a casa.

—¡Buena es ésa! —exclamó Jorge—. ¿Para eso estuvimos explorando anoche la acera centímetro a centímetro? Volviendo a nuestro asunto, ¿sabe alguno de vosotros si han detenido ya al ladrón?

—¡Qué han de detener! —dijo Peter—. Mi padre ha tenido que ir esta mañana a la comisaría, para denunciar al dueño de un perro que molesta al rebaño, y allí le han explicado que no tenían la menor idea de quién podía ser el ladrón ni de lo que buscaba en la tienda de antigüedades. Mi padre no se ha podido enterar de lo que han robado. ¿Lo sabe alguno de vosotros?

—Sí, yo lo sé —dijo Pamela—. El ladrón se llevó un violín muy antiguo que vale centenares de libras. Estaba delante de todo con un cartel que explicaba su historia. El ladrón se llevó el violín y el arco.

—Entonces debe de ser un violinista —dijo Peter, interpretando el pensamiento de todos—. Deben de estar interrogando a todos los violinistas de la localidad.

—Con tal que no molesten a *miss* Hilbreen, la profesora de violín de nuestra escuela... —dijo Pamela—. Es una gran violinista, pero se llevaría un susto de muerte si la policía fuera a hacerle preguntas. Una vez tuvo que salir de la clase y estar reposando media hora, porque alguien había dejado caer la tapa del piano y el

golpetazo fue ensordecedor.

—Estoy seguro de que fuiste tú —dijo Jack.

—No fui yo: fue tu hermana Sussy —contestó Pamela—. No comprendo cómo has podido pensar que fuera otra. Sólo de imaginarme a nuestra *miss* Hilbreen, con su cara de ratón, tirando un ladrillo contra el cristal de un escaparate para robar un violín, me muero de risa.

—¡Escuchad, Colín y Jorge! —exclamó Peter—. Según el policía al que mi padre denunció esta mañana el asunto del perro, parece ser que nadie sabe cómo vestía aquel hombre ni qué aspecto tenía, ¿vosotros os fijasteis en él? Debisteis hacerlo, porque una de las reglas de los Siete Secretos es estar siempre alerta y observar todo lo extraordinario.

—Pues sí, creo que podré describirte el aspecto de ese hombre —dijo Jorge mientras Colín se limitaba a escuchar—. No puedo asegurar que me haya fijado en todos los detalles, pero lo vi claramente a la luz del escaparate, en el momento en que rompió el cristal, y su imagen quedó grabada en mí.

—Bien, descríbelo —ordenó Peter, sacando su cuaderno de notas—. La descripción puede sernos útil. Sabiendo cómo viste, podemos buscarle.

—Bien —dijo Jorge, cerrando los ojos para recordar mejor—. Llevaba una chaqueta muy vieja de *tweed* de un tono marrón, unos pantalones de un color gris claro, muy sucio, y un sombrero negro con un agujero en la copa. Además..., además..., sí, una bufanda roja con topos blancos.

Peter lanzó un grito.

—¡Jorge! ¿Sabes lo que acabas de describir, y con toda exactitud? Las ropas robadas de nuestro espantapájaros.

## Una reunión inolvidable

Los Siete Secretos se quedaron mirando a Peter atónitos. ¿Era posible que el ladrón del violín llevara las ropas robadas al espantapájaros? ¿Por qué se habría vestido así?

—¡No creeréis que el propio espantapájaros hizo una escapada nocturna para robar el violín! —exclamó Pamela en una de sus características explosiones de alegría.

—¡No seas cabezota! —dijo Janet—. Bien sabes que el espantapájaros está desnudo. A menos que Matt lo haya vestido de nuevo.

—Esto se pone interesante —murmuró Peter—. Desde luego, queda descartada la suposición de una posible broma de Sussy y Binkie.

—Yo ya les pregunté —dijo Jack—, y os confieso que no saqué nada en limpio. Estuvieron chungueándose de mí con su insoportable risita y quedé casi convencido de que no habían sido ellas.

—Pues, como ves —dijo Peter—, no pudieron serlo. Te tomaron el pelo. Ahora pasemos a estudiar el fondo del asunto, y si alguien tiene que hacer alguna observación, que la haga. Sabemos dos cosas con seguridad: primera, que un hombre robó anoche un violín de gran valor; segunda, que ignoramos por qué llevaba puesto el viejo traje del espantapájaros. Ahora bien, ¿esto nos aclara algo?

—Pues a mí me parece que, tratándose de un violín antiguo y valioso, lo lógico es que lo haya robado un músico —observó Colín—, pues sólo una persona entendida en violines pudo calcular su verdadero valor.

—Y, seguramente, se puso el andrajoso traje del espantapájaros para que no lo reconocieran —añadió Bárbara.

—Si quería evitar las preguntas —dijo Jack—, no podía comprar ni pedir prestado el traje. Así se explica que se pusiera las ropas del espantapájaros.



Hubo una pausa. Al fin, dijo Peter: —Y, probablemente, ahora, para deshacerse de esos harapos, los esconderá en algún sitio o los tirará.

—Quizá se los vuelva a poner al espantapájaros —dijo Jorge.

—No lo creo: no querrá exponerse a que lo vean —replicó Peter—. Además, el espantapájaros debe de llevar ya otras ropas. Seguramente, habrá enterrado o quemado el traje.

—En ese caso, debemos buscarlo —dijo Janet—. Aunque no creo que demos con él, pudiendo estar en tantísimas partes.

—Tienes razón —dijo Peter—. ¿Quién más tiene algo que decir?

Resultó que a todos les parecía imposible encontrar a un violinista al que no conocían y del que no tenían más pistas que los vestidos robados.

—¿Conocemos algún violinista capaz de apreciar el valor de un violín? —preguntó Pamela con cierta esperanza.

—Conocemos varios —repuso Peter—, pero ninguno de ellos es capaz de romper el cristal de un escaparate ni de robar un traje viejo. El señor Seraper da clases de violín en el colegio, pero no me lo puedo imaginar cometiendo estas fechorías. También conocemos todos al señor Lutton, el sacristán. Tanto él como su mujer tocan el violín; pero no creo que ninguno de los dos vaya por el mundo rompiendo cristales. A mí me parece que el ladrón fue un chiflado que deseaba ansiosamente poseer un violín de valor.

—No estaría muy chiflado cuando tuvo la astucia de disfrazarse con las ropas del espantapájaros —opinó Jack.

—Sí, claro; todo esto es un verdadero lío, un rompecabezas —dijo Peter—. Por ahora no podemos confiar en descifrarlo. Lo único que podemos hacer es buscar el escondrijo del disfraz o de sus restos si el ladrón lo ha quemado.

De pronto, *Scamper* empezó a ladrar furiosamente y todos levantaron la cabeza.

—Seguro que es Sussy —gruñó Jack, indignado—. Tenemos que ir a ver a mi abuelita esta mañana y Sussy ha dicho que vendría a buscarme. Yo se lo he prohibido terminantemente, pues ella lo que quiere es meter las narices en nuestra reunión, pero...

En este momento oyeron el sonsonete de la canción burlesca sobre los Siete Secretos, cantada por las voces de Sussy y Binkie:

*Ahí van los Siete Secretos.  
Con sus caras inocentes  
y de sabios repelentes,  
parecen unos...*

Pero no la pudieron acabar. Colín se dirigió a la puerta, indignado. La abrió de un tirón y con toda la potencia de su voz, que no era poca, lanzó la respuesta:

*Binkie, eres un bichito  
y te damos un consejo:*

*deja de hacer el conejo  
y ten quieto el hociquito.*

*Pues así no son visibles  
tus dos dientes roedores.  
Ved retratada a Binkie.*

Los Siete Secretos se echaron a reír estrepitosamente. La burlona Binkie no merecía otra cosa. Antes faltaba el final, pero a Colín se le acababa de ocurrir en aquel momento.

Sussy se acercó rápidamente a Colín. Su cara estaba roja de rabia.

—Has hecho llorar a Binkie con tu canción. ¿Cómo te atreves a insultarla? ¡Me las pagaréis, Siete Secretos, por haber ofendido a mi mejor amiga!

—¡Eso tiene gracia! ¿Quién empezó? ¿No fue Binkie la primera en burlarse, con su canción, de los Siete Secretos? —replicó Colín.

Sin embargo, estaba avergonzado, pues se daba cuenta de que no se había portado bien, es decir, de que su proceder no había sido muy noble.

—Jack, la abuelita nos está esperando —dijo severamente Sussy—. Hemos de ir ahora mismo.

—¡A mí no me hables en ese tono! —repuso, malhumorado, Jack. Y, mirando a sus compañeros, preguntó—: ¿Qué hemos de hacer esta tarde? ¿Tenemos que ir a alguna parte?

—Podemos ir a echar una mirada a la señora Bolan, la vendedora de buñuelos, para ver cómo le va la vida en el carricoche —dijo Peter—. Mi madre nos ha dado ropa para su niña y yo quiero regalar a Benny mi autobús de juguete.

—¡Estupendo! ¡Pasaré por aquí a las dos y media! ¿Es buena hora? —preguntó Jack.

—Mejor a las tres —dijo Peter, y los demás asintieron con un movimiento de cabeza—. Por el camino podemos buscar los posibles rastros de las ropas del espantapájaros —añadió en voz baja.

—¡Te he oído! —gritó Sussy—. Y todavía sé más: sé que todos vosotros creíais que Binkie y yo hicimos la bobada de robar el traje del espantapájaros. Pero no fuimos nosotras. Jack nos lo preguntó. Ya era hora de que los Siete Secretos metieran la pata. Os creéis unos sabios y no sabéis nada. ¡A chincharse tocan! ¡Buscad, buscad! A ver si sois capaces de descubrir algo...

Después de pronunciar estas misteriosas palabras, se fue corriendo con Binkie.

—¿Qué demonios habrá querido decir esta loca? —preguntó Peter, perplejo.

## Un hallazgo de *Scamper*

Alrededor de las tres, los Siete Secretos iban a campo traviesa para visitar a los Bolan en su nuevo hogar. *Scamper* corría delante del grupo como de costumbre.

—Este camino pasa junto al espantapájaros —dijo Colín—. Me gustará ver cómo va vestido en este momento.

Efectivamente, llevaba un vestido nuevo, una mezcla de ropas que daba risa: un sombrero de mujer con una pluma, un impermeable lleno de agujeros y unos pantalones deshilachados y horriblemente sucios. El espantapájaros ofrecía el aspecto de un pobre hombre avergonzado de su indumentaria y perdido en medio del campo.

Janet lanzó una carcajada al fijarse en el sombrero.

—Es el que llevaba la mujer de nuestro mozo para ir a la iglesia. ¡Cuántas veces tuve que contener la risa al ver cómo se inclinaba su pluma cuando la pobre mujer se dormía durante el sermón, los domingos!

—Y los pantalones son del marido —dijo Peter—. Se habrá comprado unos nuevos. Me parece que el impermeable era del pastor. ¡Qué aspecto tan ridículo tiene el pobre! ¡Eh, espantapájaros! ¿Dónde demonios está el traje que llevabas?



El espantapájaros agitó sus mangas, pero no contestó. Lo dejaron donde estaba, en medio del campo, y siguieron alegremente su camino hacia el nuevo hogar de los Bolan, aquel carricoche que estaba en las cercanías de la cabaña del pastor.

El camino conducía a un puente que atravesaba un torrente tumultuoso. Al oír el ruido del agua, *Scamper* emprendió veloz carrera, pues estaba sediento. Pero antes de llegar al torrente se detuvo de pronto y empezó a husmear en un hoyo, excitadísimo.

—¿Qué ocurre, *Scamper*? ¿Por qué escarbas ahí?

El perro tenía los nervios desatados: ladraba y arañaba la tierra con toda la fuerza de sus patas. Los Siete Secretos se acercaron a él y se quedaron mirando cómo trabajaba, muy divertidos ante su entusiasmo. Al fin, Janet lanzó un grito.

—¡Mira, Peter! ¿Qué es eso que asoma entre la tierra? Parece un trozo de tela. ¿No serán las ropas del espantapájaros?



—Tal vez... ¡Mirad! Es un trozo de franela gris —exclamó Peter lleno de emoción—. ¡De esta tela y este color eran los pantalones del espantapájaros! ¡Sigue, *Scamper*, sigue buscando!

El perro escarbaba con frenesí, salpicando a los Siete con la tierra que esparcía en torno de él. Pronto pudo sacar con los dientes lo que allí estaba enterrado, y lo exhibió con aire de triunfo.

—¡Guau, guau! —Ladraba.

Peter cogió el trozo de franela gris. No parecía de unos pantalones, sino de una falda. El chico miró a *Scamper*, que volvía a escarbar con ahínco, lanzando débiles gruñidos de excitación.

—Busca algo más —observó Jack—. Tal vez el viejo sombrero.

Así era. Menos de medio minuto después, el perro había desenterrado un sombrero. ¡Pero qué sombrero! Una antigualla de paja, con una cinta que Pamela reconoció en seguida:

—¡Peter! ¡Es el sombrero de uniforme que llevábamos hace años en el colegio! Lo reconozco por las cintas. Este sombrero no ha estado en la cabeza del espantapájaros. ¿Qué significa este lío?

—¡Guau! —Volvió a ladrar *Scamper*.

De nuevo introdujo el hocico en el agujero y siguió excavando con ardor. Esta vez fue un hueso —bocado para él exquisito— lo que extrajo. Con gran alegría, lo depositó a los pies de Peter.



—¡Ah, caramba! —exclamó Peter—. ¡Era esto lo que buscabas! ¡Sinvergüenza! Trabajabas con tanto ardor porque habías oído el hueso. Pero ¿a quién demonios se

le habrá ocurrido enterrar...?

Una carcajada estrepitosa cortó la frase de Peter. ¡Qué explosión de risa tan violenta! Los Siete se volvieron como un solo hombre y vieron a Sussy y a Binkie revolcándose de risa sobre la hierba de un montículo, tras el cual habían estado escondidas, presenciando toda la escena.

—¡Ay, que me muero de risa! —exclamó Sussy—. ¡Ay, que no puedo más! ¡Oh, *Scamper*, eres un perro estupendo! ¡Ay, cómo me duele el costado! ¡No puedo más!

Y Sussy seguía retorciéndose de risa, y Binkie no se quedaba atrás.

—¿Has visto, Sussy, las caras que han puesto al encontrar nuestro viejo sombrero de uniforme? —dijo, entre sus risas, Binkie—. ¡Ha sido graciosísimo! ¡Yo ya no puedo más! ¡Se me saltan las lágrimas de tanto reír! ¡Pues mira que cuando ha aparecido el hueso...! *Scamper*, has trabajado para divertirnos a las dos.

*Scamper* no comprendía por qué las dos chicas gritaban tanto. Creyó que se habían caído y hecho daño y corrió hacia ellas aullando con el rabo entre las piernas.

—¡Ven aquí, *Scamper*! —ordenó Peter.

Y el perro retrocedió, asustado por la voz enérgica y severa de su dueño.

—Oíd —dijo Peter, dirigiéndose a las dos muchachas—: a vosotras os parecerá muy gracioso, pero...

—¡Pues claro que ha sido gracioso! ¡Si hubierais visto las caras que poníais!

—¡Vámonos! Dejémoslas con su estúpida risa —dijo Jack, furioso.

Y los Siete continuaron la marcha con aire altivo hacia el puente. Lo pasaron. Poco después, Pamela lanzó una repentina y fuerte carcajada. Luego miró a su alrededor con un gesto de desafío y dijo:

—Lo siento, pero hay que reconocer que la broma ha tenido gracia.

Y siguió riéndose.

Bárbara soltó también la carcajada.

—Verdaderamente —dijo—, debíamos de tener un aspecto muy chusco con las caras que pusimos al ver aparecer el sombrero de colegiala de Sussy.

Uno tras otro, todos fueron viendo la parte graciosa del trance y todos fueron echándose a reír tan de buena gana como se habían reído Sussy y Binkie. ¡Con qué facilidad habían caído en la trampa! Tenían que reconocer que había sido un buen golpe.

—Realmente ha sido una buena idea poner el hueso en el fondo del hoyo y encima lo demás —comentó Janet—. Lo han planeado todo perfectamente. Contábamos que pasaríamos por aquí.

—Y con que el amigo *Scamper* olería el hueso y escarbaría en el hoyo —añadió Jack—. Por anticipado sabían que nos emocionaríamos al descubrir el primer trozo de tela. ¡Cómo nos han tomado el pelo! Bueno, acusemos deportivamente la derrota. Ha sido una buena venganza. Encajémosla. —Ya estamos llegando al carronato —anunció Peter—. Y allí está la señora Bolan tendiendo la ropa. ¡Buenas tardes, señora Bolan!

## Un niño raro

Al oír que se acercaban los chicos, la señora Bolan levantó la vista.

—Gracias por venir a vernos. Sois muy amables —dijo la mujer, sonriéndoles con simpatía—. ¿Qué me trae usted, señorita? ¡Un vestidito para mi pequeña! ¡Qué bonito es! Estará tan preciosa, que no se conocerá a sí misma.

—Y yo traigo esto para Benny —dijo Peter, sacando el autobús—. ¿Dónde está?

—¡Sabe Dios! —exclamó la madre. Y le llamó—: Benny, ¿dónde estás? ¡Ven, hijo! ¡Te han traído un regalo!

Pero Benny no apareció.

—Está escondido —dijo la madre—. Le dan miedo las cosas nuevas.

—¿No va a la escuela? —preguntó Peter, mientras buscaba al niño—. ¿Es que todavía no tiene edad para ir?

—Tiene ya ocho años, pero nunca ha ido al colegio. No le gustaría, y no creo que adelantase nada. ¡Pobre Benny! ¡No ha tenido suerte en esta vida!

Tras estos lamentos, la buena mujer empezó a gritar:

—¡Dios mío! ¡La niña! ¡Mírenla; se va a caer del coche! Pronto no habrá modo de retenerla. ¡No sé cómo me las arreglaré! Menos mal que Benny quiere mucho a su hermanita y cuidará de ella.

Las chicas fueron a echar un vistazo al interior del carricoche y les pareció agradable y acogedor, aunque en él escaseaban el orden y la limpieza.

—¿Necesita algo más de lo que hemos traído? —preguntó Janet.

—Sí, queridos. Habéis pensado en todo, excepto en agujas e hilo —repuso la señora Bolan riendo—. No os podéis imaginar la falta que hacen estas pequeñas cosas. He de coser cortinitas para las ventanas, he de remendar la ropa. A mí no me quedó más que la que llevo puesta. Lo demás lo devoró el fuego.

—¡Oh, qué tontas somos! —exclamó Janet, compungida—. No hemos pensado en ello. Supongo que también necesitará unas tijeras, ¿verdad, señora Bolan?

—Sí, pero eso me lo solucionó Luke, dejándome su navajita —respondió la mujer mientras escurría la ropa que estaba lavando—. Además, Matt sigue trayéndome algunas de las cosas que necesito. Es muy bueno con nosotros.

—Bien; volveremos tan pronto como podamos para traerle lo que le hace falta —prometió Janet—. Tengo un costurero que podrá servirle, pues en él hay de todo. ¿Necesita algo más?

—¡Ay, sí! Si les sobrara algún cubo viejo —dijo la señora Bolan en tono de súplica—. Ya me trajeron uno, pero Benny se lo ha llevado. ¡Pobre hijo mío! Lo utiliza como tambor, y lo toca con un palo. Es tan feliz con su cubo, que no se lo puedo quitar. ¡Dios le bendiga!

—Le traeremos el cubo, señora Bolan; cuente con él —afirmó Peter—. Escuchad: ¿qué ruido es ése?

—¡Es Benny con su cubo! —repuso su madre—. Suena bien, ¿verdad? ¡Benny,

trae el cubo!

Silencio. La madre movió la cabeza.

—Es inútil llamarle. Se esconde y no contesta. Es como un conejo en su madriguera. Huye de las personas.

—¿Y su marido? ¿Está todavía en la feria? —preguntó Peter.

—La feria está ya en otro pueblo —respondió la mujer—. ¿No lo sabíais? Luke se ha ido con los demás. Se ha marchado esta mañana y estará fuera varios días. Lo echaré de menos en esta soledad. Menos mal que el viejo Matt viene de vez en cuando a ver si necesito algo.

Janet pensó que la señora Bolan era una mujer admirable, valiente y generosa. Recordó que les había regalado generosamente unos buñuelos de jengibre en la feria cuando no tenían dinero para comprarlos.

—¡Allí está Benny! —gritó Jack de pronto.

Y empezó a llamar por señas al esquelético niño que había salido de detrás de unas matas secas. Les miraba sin parpadear con sus grandes ojos oscuros.

—¿Veis? —dijo la señora Bolan—. Ya ha escondido el cubo en algún sitio. Me lo figuraba. Ven, hijo, ven. Te han traído un regalo precioso: nada menos que un autobús. Ven, toma.

Benny seguía mirándoles fijamente y en silencio. Peter y sus compañeros vieron algo raro en aquel niño. Era muy guapo y tenía una expresión soñadora. Janet le habría abrazado de buena gana. Avanzó hacia ellos despacito, con cuidado, como si tuviera miedo de caerse. Cuando estuvo cerca se detuvo y volvió a mirarles fijamente.

Peter se adelantó y ofreció al niño el autobús de juguete. Éste no alargó la mano para cogerlo. Peter se lo puso en las manos, y entonces Benny lo abrazó, alborozado, y empezó a acariciarlo. Cuando sus dedos tropezaron con la pequeña bocina, la probó, y, al oír su sonido: ¡bu, bu, bu!, su cara resplandeció de júbilo al tiempo que sus labios sonreían dulcemente.

—¡Bu, bu, bu! —Articuló, imitando la bocina con su voz sonora—. ¡Un autobús, mamá, un autobús! ¿Es para mí?

—Sí, hijo, es para ti —respondió su madre—. Sé amable y da las gracias a este joven.

—Muchas gracias —dijo Benny, mirando a Jorge en vez de mirar a Peter.

A Janet le pareció que aquellos ojos eran los más extraños que había visto en su vida. Oscuros, profundos y hermosos, pero faltos de expresión.

*Scamper* corrió hacia Benny y apoyó la cabeza en su rodilla. Benny retrocedió un poco asustado y Peter llamó al perro. Benny echó a correr y desapareció con su juguete en la maleza.

—¡Ma, ma! —dijo de pronto la niña en su cochecito—. ¡Ma, ma, ma! —repitió, llamando a su madre.

Janet corrió hacia ella. La niña era tan vivaracha como reposado su hermanito. Con sus manecitas gordezuelas trató de cogerse al cuello de Janet.

—Es muy cariñosa —observó la señora Bolan—. Pero ahora estáte quietecita, renacuajo. Vas a romper los muelles del coche, que ya están bastante viejecitos.

—Vámonos, que es tarde —dijo Peter—. Le traeremos agujas, hilos, unas tijeras y el cubo. Y otras cosas que se nos ocurrirán. Volveremos tan pronto como podamos. Me alegro de verla feliz en su hogar de ruedas.

—Es magnífico —dijo la señora Bolan amablemente, mientras seguía tendiendo la ropa—. Gracias por haber venido a vernos.

Los Siete se pusieron de nuevo en camino. *Scamper*, como siempre, se situó a la cabeza de la caravana, y cuando llegó al hoyo que había ahondado con sus patas, recordó que se había dejado el hueso cerca del carricoche. El perro volvió atrás para recogerlo. Mientras le esperaban, Janet dijo:

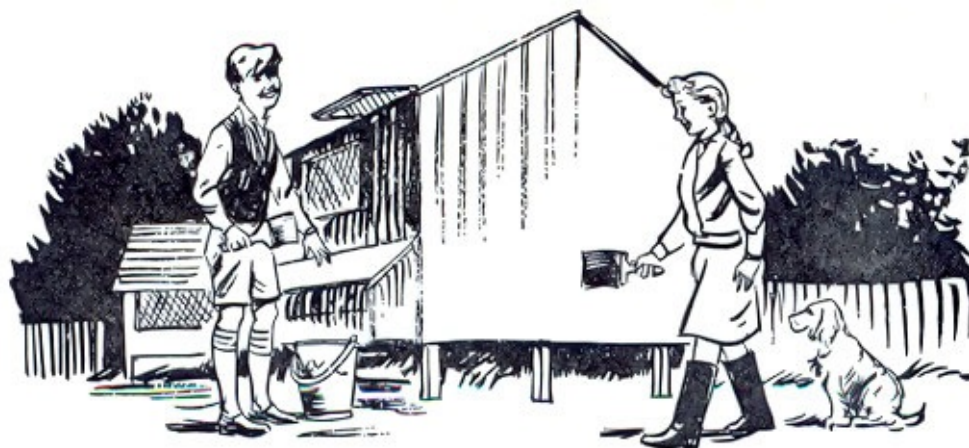
—Estoy muy satisfecha de haber venido. Me preocupa Benny. ¡Qué niño tan extraño! Debería ir al colegio: tiene ya ocho años. Hablaré de esto a mi madre. Es posible que quiera hacer algo.

—Ya vuelve *Scamper* —dijo Peter. Y cuando el perro llegó, añadió, dirigiéndose a él—: Vete de nuestro lado con tu maldito hueso. Es tan asqueroso que sólo de verlo se le revuelve a uno el estómago.

## Un gran misterio

Los dos días siguientes los Siete Secretos estuvieron muy ocupados en diversos trabajos. Peter y Janet blanquearon las paredes del gallinero de su padre, teniendo a *Scamper* como espectador.

—¡Si vieras lo que pareces, *Scamper* —exclamó Janet, riendo—, con todo el cuerpo lleno de manchas blancas! No sé por qué has de ponerte ahí, donde te alcanzan las salpicaduras de nuestras brochas.



Jorge y Colín estuvieron también muy atareados, construyendo un precioso barquito, igual a un modelo que tenían, y Pamela y Bárbara se ganaron algún dinerito arrancando hierbas en los bancales de cebollas.

—Es un trabajo muy pesado —se quejó Pamela a Peter cuando el muchacho la sorprendió en plena tarea—. Las hierbas crecen tan cerca de los tallos de las cebollas, que muchas veces arrancamos sin querer cebollitas tiernas, y las tenemos que volver a plantar. Nos pagan el trabajo a seis peniques la hora. Vale la pena, ¿no?

Durante estos dos días hablaron muchas veces del violín robado. Sobre todo Colín y Jorge, que pasaron juntos muchos ratos construyendo el barquito. Habían sido testigos de la rotura del escaparate y era natural que comentaran un suceso tan extraordinario.

—Parece ser que no se ha aclarado todavía el misterio del violín robado —dijo Colín a Jorge—. Mi padre preguntó a la policía si había algo nuevo y si sospechaban de alguien, y nadie sabe nada.

—Ni sabrá —dijo Jorge—. Seguro que el ladrón ha escapado con el violín y estará a más de cien millas de aquí.

Cuando Peter y Janet terminaron su trabajo en el gallinero, se les concedió un día entero de libertad.

—Nos gustaría ir de excursión, mamá —dijo Peter—. ¿Podemos llevarnos unos bocadillos?

—Sí, hijos; os los prepararé —dijo la madre—. Por cierto que me gustaría que

pasarais a ver a Matt. Hay que llevarle esta carta. Llegó esta mañana cuando ya nos había traído la leche. ¿Iréis?

—Sí, mamá —respondió Peter—. Iremos al bosque para ver si ya hay campanillas azules. Allí merendaremos y luego, al volver a casa, pasaremos por la Colina donde pacen los corderos de Matt.

—¡Bien pensado! —dijo Janet—. Así podremos visitar a los Bolan. La nena me encanta. ¡Ah! Oye, mamá: ¿puedes darme unas tijeras? Se las prometí a la señora Bolan. También dije que le llevaría hilo y agujas. ¿Verdad que le enviaste un cubo por medio de Matt?

—Sí, y ahora Matt dice que tendrá que prestarle el suyo, porque ese demonio de Benny se ha apoderado del que nosotros le enviamos.

—No es un demonio, mamá —protestó Janet, recordando los grandes ojos del silencioso y extraño niño—. Confieso que es una criatura muy rara. Sólo utiliza el cubo como tambor.

Los muchachos emprendieron la marcha con sus bocadillos. *Scamper* correteaba alegremente a la cabeza de la expedición. El tiempo era espléndido; el sol era tan fuerte como en junio. Las prímulas asomaban por todas partes, y las anémonas alegraban los rincones sombríos.

Janet saltaba de alegría.

—Es magnífico esto de tener un día entero para nosotros después de lo que hemos sudado para blanquear el gallinero, y de las muchas horas que nos ha llevado este trabajo. Estoy deseando ver las florecillas azules que suelen abrirse en esta época.

Efectivamente, el bosque estaba lleno de campanillas azules a punto de abrirse. Janet vio una que se acababa de abrir. La florecilla era de un azul maravilloso.

—¡Aquí hay una...! ¡Y aquí otra! Ahora me gustaría encontrar una blanca: dicen que da suerte.

—Yo de ti no cogería ninguna —observó Peter—. Se marchitarán antes de que volvamos a casa.

Almorzaron en pleno bosque, escuchando el concierto de los mirlos y los jilgueros que trinaban sobre sus cabezas. Un pequeño petirrojo saltaba y correteaba entre los pies de los niños, esperando alguna migaja.

Después continuaron su camino y treparon por la Colina donde Matt, el pastor, guardaba su rebaño. Pero Matt no estaba en aquel momento en su cabaña. Los chicos optaron por dejar la carta dirigida a él y continuaron hacia el lugar donde los Bolan tenían su vivienda. Pero, para sorpresa suya, también hallaron cerrado el carricoche. Por los alrededores no se veía a nadie, ni siquiera a Benny.



—El rebaño está al otro lado de la Colina —dijo Peter, sentándose en la hierba—. Es increíble la cantidad de corderos que tiene papá. Y hay que ver cómo han crecido los que nacieron hace poco.

—¡Cómo me gustaría hacer vida de pastor! Debe de ser estupendo estar siempre en las montañas sin más compañía que la de sus queridos corderos —dijo Janet, sentándose al lado de Peter—. ¡Mira! ¿No es el viejo Matt aquel que viene por el sendero? Aquel perro parece el suyo.

¡Lo era! Sonrió al verlos. Sus ojos brillaban de contento y entonces eran más azules que el cielo. Janet se dijo, admirada, que entre la gente que vive al aire libre, son muchos los que tienen los ojos de un azul intenso.

Corrió al encuentro del viejo pastor y estrechó su mano callosa y dura.

—¡Me alegro mucho de verlos! Y también de ver a vuestro perro —dijo Matt, apoyándose en su cayado—. Ocurren pocas veces estas cosas. Aquí arriba estamos siempre solos.

—¿Y los Bolan? ¿Es que no los ve usted? —preguntó Peter.

—Claro que los veo. Por lo menos, a la señora Bolan, que es muy amable. Al que no he visto nunca es a su marido. Se presenta en casa a deshoras, de improviso, y lleva una vida muy desordenada. Trabaja en las ferias, como sabéis. También suelo ver a Benny, ese niño huraño que se pasa horas enteras con la mirada fija en el vacío. No debe de estar bien de la cabeza.

—¡Pobrecillo! —exclamó Janet—. Sin duda, por eso no le llevan al colegio.

—A mí me gustaría sentármelo en las rodillas para contarle cuentos —dijo Matt—. Pero tan pronto como oye acercarse a alguien, echa a correr como un conejo asustado. No sé si se asustaría anoche, si oyó lo que yo oí.

—¿Qué oyó usted? —preguntó Peter, sorprendido.

—No sé exactamente lo que fue —repuso Matt, rascándose la cabeza—. Estaba medio dormido en mi cabaña cuando lo oí. Serían las nueve y media y la noche era oscura como boca de lobo. De pronto, oí una especie de lamento. Algo espantoso. Fue cobrando intensidad y luego se fue debilitando hasta dejar de oírse. Los nervios



me hicieron saltar de la cama, y salí de la choza, preguntándome si aquella queja sería de algún animal herido. Entonces oí un gemido que no parecía cosa de este mundo. Yo empecé a dar voces, pero nadie me respondió. Sin embargo, cesó el gemido.

Peter y Janet escuchaban, atónitos. ¡Qué extraño era aquello! ¿Una especie de lamento? ¿Quién podría lamentarse y por qué?

—El alarido se oyó de nuevo, y fue tan potente, que me estremecí —siguió el viejo Matt—. Jamás había oído nada semejante. Me aterró y mi corazón latió con violencia. Cuando al fin cesó, no pude contener un suspiro de alivio.

—¿Cree usted que volverá a oírse esta noche? —preguntó Peter, emocionado.

Matt movió la cabeza.

—¿Cómo puedo saberlo? Quizá sí, quizá no. Esta mañana se lo expliqué a la señora Bolan, y ella me dijo que no había oído nada. Sin embargo, el alarido se lanzó.

—Janet, voy a proponer a Jack que venga conmigo esta noche, a ver si lo oímos nosotros —dijo Peter, aprovechando un momento en que Matt fue a cargar su pipa—. Un alarido de queja... ¡Qué cosa tan extraña!

## Aquella noche en la colina

Peter y Janet sentían grandes deseos de comunicar a los demás la extraña noticia. Corrieron como locos. *Scamper* iba pisándoles los talones.

Al llegar a casa de Jack, llamaron para hablar con él. Lo encontraron jugando con Sussy y Binkie, que, al verlos, empezaron a cantar la insultante canción contra los Siete Secretos en sus propias narices. Fue una escena muy desagradable.

—Jack, ¿puedes salir un momento? —preguntó Peter, y añadió en voz baja—: Tenemos que explicarte cosas muy raras.

—¿Qué ocurre? —indagó inmediatamente Sussy, clavando en Peter sus vivos ojos de pájaro.

—¿A ti qué te importa? —repuso Peter fríamente—. Esto es sólo para los Siete Secretos. ¿Puedes dejar un momento el juego, Jack, y hablar conmigo a solas?

—¡Pues claro que sí! —exclamó Jack, levantándose. Y añadió dirigiéndose a Sussy y Binkie—: Esperadme: volveré en seguida.

Mientras acompañaba a Peter y Janet a otra habitación, comentó:

—Me alegro de que hayáis venido. Mi madre me ha obligado a estar todo el día jugando con ellas. ¡Qué lata! Estoy de las chicas hasta la coronilla.

—¡Muchas gracias! —exclamó Janet—. Por lo visto, hay que dejar solos a los chicos, lo que quiere decir que tendré que marcharme yo también.

—¡No, Janet, por Dios! ¡Tú eres admirable! —se apresuró a decir Jack—. ¡Son sólo esas dos las que me atacan los nervios!

Peter se indignó.

—Son unas memas. ¡Pobre Jack! Te deben de hacer la vida imposible. Pero no perdamos el tiempo. Oye, te necesito esta noche. No tiene nada que ver con los Siete Secretos. Es algo muy raro.

Y entonces explicó a Jack lo que Matt le había contado.

Jack quedó pensativo.

—Yo creo —dijo— que todo fue un sueño de Matt. ¿Quién pudo lanzar el grito? Si hubiera sido un animal preso en una trampa o algo así, el viejo Matt habría reconocido en seguida la voz de una bestia atormentada. Si le pareció algo tan raro que no lo pudo reconocer fue, sin duda, porque todo era un sueño.

—No lo creo —replicó Peter—. Nos ha contado que se levantó y salió de su cabaña, y que entonces siguió oyendo el gemido. Éste no cesó hasta que él empezó a dar voces.

—O sea, cuando se despertó —dijo Jack, con una sonrisa de burla.

—Tal vez tengas razón y no valga la pena preocuparse —dijo Peter un poco molesto.

—Pues yo creo que sí que vale la pena —dijo Janet en tono resuelto—. Si vosotros os rajáis, avisaré a Pamela y a Bárbara e iremos nosotras.

Los dos chicos se quedaron mirando a Janet con cara de sorpresa. No esperaban

de ella aquel gesto.

—No —dijo Jack—, no estaría bien que unas chicas fueran solas y de noche a la Colina. Iremos Peter y yo. ¿Quieres que se lo diga también a Colín y a Jorge, Peter?

—Sí, aunque no haya misterio, correremos una aventura.

Janet fue a decir algo, pero Peter la atajó:

—Ya sé lo que vas a pedirme: que os deje venir a las chicas. Pues no, no podéis acompañaros.

—¡Bueno, hombre, bueno! —refunfuñó Janet—. ¡Es un fastidio ser chica! ¡Tener que quedarse en casa cuando llega lo más emocionante!

Los dos niños empezaron en el acto a preparar la salida nocturna. Jack se ofreció para avisar a Colín y a Jorge.

Y quedaron en que los cuatro se reunirían ante la casa de Peter, a la puerta del jardín, tan pronto como oscureciera.

—Que nadie se olvide de la linterna —dijo Peter—. No hay luna, y, si además se nublara, la noche sería tan oscura como la boca de un lobo.

—Es hora de regresar, Peter —dijo Janet consultando su reloj—. Llegaremos tarde a la merienda.

Al salir de la habitación, oyeron una risita ahogada. Se detuvieron indignados:

—¿Habrán estado escuchando esas dos mocosas? —preguntó Peter—. Pero no; hemos cerrado la puerta y no las creo capaces de escuchar por el ojo de la cerradura. ¡Eso sería una desvergüenza!

—Sussy y Binkie no se detienen ante nada —dijo Jack, desesperado, y dirigiéndose al lugar donde se oían las risas.

Peter y Janet estaban cada vez más irritados. ¿Por qué no se habrían ido a un rincón del jardín donde nadie pudiera oírlos? Menos mal que habían hablado en voz muy baja: Sussy y Binkie no podían haber pescado gran cosa.

Jack fue a avisar a Colín y a Jorge y los invitó a participar en la aventura. Los dos se rieron de los lamentos oídos por Matt, pero prometieron ir.

—Vamos al cine esta tarde, pero cuando salgamos nos reuniremos contigo y con Peter —prometió Colín—. A las siete y media estaremos junto a la puerta del jardín de Peter. No llevaremos las bicicletas, ya que hemos de ir por las Colinas. Supongo que el espantapájaros no nos echará cuando pasemos por su campo.

—Fue un gran misterio lo de la ropa, ¿verdad? —dijo Jorge—. No hemos conseguido encontrar una pista. Esos trapos se han desvanecido como el humo. Bueno, Jack; puedes contar con nosotros.

Así fue como, al oscurecer, los cuatro muchachos se reunieron ante la entrada del jardín de Peter. Janet acudió para verlos partir.

—Cuánto me gustaría ir con vosotros —dijo con la esperanza de que le permitieran acompañarlos.

Pero a los niños no les pareció bien que fuera con ellos y se marcharon solos, después de despedirse de ella. También dejaban esta vez al pobre Scamper.

—Tardaremos un buen rato en llegar a la cabaña de Matt —dijo Peter, y añadió —: A él no debemos decirle nada: a lo mejor, le sabría mal.

Cuando llegaron, Peter dijo:

—Creo que Matt no está en su cabaña.

—Sí que está: veo luz por la rendija de la ventana —observó Jorge—. Ahora debemos estarnos quietos y no hablar. De lo contrario, el hombre que se lamenta se enteraría de que le espiamos.

Los cuatro muchachos se sentaron en el suelo con gran sigilo, pero en seguida dieron un salto. Un búho lanzó su grito peculiar, y, a continuación, se oyó el espantoso lamento.

¡Santo Dios! ¡Qué alarido tan horrible!

—¡¡¡Auauuuü!!!

Los niños se abrazaron. Sus corazones latían violentamente.

—Se oye exactamente a nuestras espaldas, al otro lado del matorral —susurró Peter—. Cuando os avise, encenderemos las linternas y correremos hacia allí.

—¡¡¡Auauuuü!!!

—¡¡Ahora!!

Y todos echaron a correr hacia el otro lado del matorral, con las linternas encendidas.

## El extraño lamento

Pero antes de recorrer todo el contorno del matorral, los cuatro muchachos se pararon en seco: otro sonido que no era precisamente un lamento les llenó de sorpresa y de rabia.

A la luz de sus linternas vieron dos niñas que se desternillaban de risa.

—¡Estúpidas! —gritó Jack, indignado, a Sussy y Binkie—. Nos habéis espiado esta mañana, ¿verdad? Todo lo echáis a perder.

—Ha sido un lamento magnífico, ¿no? —preguntó Sussy, muerta de risa—. ¿Nos habrá oído también Matt? ¿Y los Bolan? Como veis, somos unas plañideras fantásticas.



De pronto, una alta figura entró en el círculo iluminado. Era Matt, el pastor.

—¿Qué demonios hacéis aquí a estas horas? ¿Y qué significan esos alaridos?

—Los hemos lanzado Binkie y yo a coro —repuso Sussy—. ¿Son como los que oyó anoche, Matt?

—Lo que oí anoche no fueron gritos de niñas tontas —dijo Matt, muy serio—. Y ahora, marchaos todos antes de que empiece a oírse el verdadero lamento. Y usted, señorita Sussy, prepárese, pues pienso contárselo a su padre. ¡Ha sido una imprudencia venir a este lugar desierto en plena noche y con esta oscuridad!

—¡Oh, no! ¡Por favor! ¡No se lo cuente a papá! —suplicó Sussy, alarmada, y levantándose de un salto.

—¡Vámonos, Sussy! —dijo Binkie, inquieta ante la severidad del pastor—. ¡Corre!

Y echó a correr Colina abajo, alumbrando el camino con su linterna. Sussy la siguió, pisándole los talones.

Jack corrió tras ellas gritando: —¡Eh, esperadme! ¿No veis que podéis perderos? ¡Esperadme! ¡Os llevaré a casa!

—También vosotros os debéis marchar, muchachos —dijo Matt a los otros tres niños—. Si oís lo que yo oí, echaréis a correr llorando como si os persiguieran cien perros. Anda, marchaos. Buenas noches.

Y, gravemente, el viejo les volvió la espalda y se dirigió a su cabaña. Los chicos le oyeron cerrar la puerta. Entonces apagaron sus linternas y permanecieron silenciosos, con una mezcla de tristeza e inquietud.

—Es temible esa Sussy —dijo en voz baja Jorge—. Y Binkie no se queda atrás. ¡Qué locas son! ¡Venir hasta aquí sólo para engañarnos con sus gritos! Has de reconocer, Peter, que fuiste un tonto. Debiste evitar a toda costa que Sussy oyera lo que contabas a Jack.

—¿Cómo se puede uno imaginar que personas bien educadas escuchen detrás de las puertas? —dijo Peter—. Sussy siempre encuentra el modo de burlarse de los Siete Secretos. Nos toma el pelo a todos.

—En fin, yo creo que debemos largarnos —dijo Colín—. Todo esto es muy desagradable.

—Espera un poco. Tal vez oigamos el lamento de que nos habló Matt —dijo Peter—. Según él, se oyó después de las nueve, y ya es esa hora.

—Bueno, esperemos cinco minutos —aceptó Colín—. Pero estoy cada vez más convencido de que todo fue un sueño de Matt.

Estuvieron cinco minutos sentados en el suelo, en medio de la oscuridad. No se veía ni una estrella. La noche era negra como el interior de un túnel. Se volvió a oír el graznido de un búho, y el viento murmuró entre las ramas del arbusto que tenían a su espalda. Un pájaro pió débilmente en un árbol cercano, y todo volvió a quedar en silencio.

—Bueno, mi opinión es que debemos marcharnos —susurró Peter, poniéndose en pie. Sus amigos se levantaron también, y Peter dio unos pasos.

De pronto, se detuvo. Y lo mismo hicieron Colín y Jorge. Sus corazones empezaron a latir como caballos desbocados. Colín se aferró al brazo de Jorge.

Se oía un extraño y triste lamento. ¡Santo Dios, qué extraño y qué triste era! Poco a poco fue cobrando intensidad entre las sombras de la noche. Era un sonido de rara armonía que alcanzó un grado de recia belleza, y que después se fue amortiguando y adquiriendo un tono lúgubre, pero siempre dulce y armonioso.

No se oía nada más en el gran silencio de la noche: sólo aquel extraño y dulce sonido. Incluso el viento parecía escuchar, conteniendo la respiración, lo mismo que los tres muchachos. Peter, Jorge y Colín se habían aferrado el uno al otro y permanecían tan inmóviles como estatuas.

En esto, oyeron que se abría la puerta de la choza de Matt. El viejo pastor debió de haber oído también el lamento: no era, pues, un sueño suyo, sino una realidad.

El extraño sonido llenó de nuevo la noche con su acento quejumbroso y su

armónica belleza. ¡Qué raro resultaba aquel quejido en el silencio de la solitaria Colina!

—¿Qué será? —pudo preguntar Colín en un susurro.

—¿Es posible que no te hayas dado cuenta? —dijo Peter—. Es alguien que toca el violín, no cabe duda. Pero no es una música, sino algo nunca oído, maravilloso, como un viento que arranca melodías de los árboles.

—¿Un violín? —exclamó Jorge—. Sí, ahora me doy cuenta de que ese sonido es la música de un violín. Pero nunca oí nada semejante. Además, ¿quién es el violinista? ¿Y por qué toca el violín en esta Colina y en plena noche?

De pronto oyeron la voz de Matt, que preguntaba severa y duramente:

—¿Quién eres? Acércate, para que te vea.

La melodía cesó inmediatamente: no se oyó ni una sola nota más.

Matt estuvo parado ante la puerta de su choza un momento y al fin volvió a entrar. Los chicos le oyeron cerrar la puerta.

—¡Sentémonos! —ordenó Peter, nervioso, pero en voz baja—. He de deciros algo.

Se sentaron en el suelo, bajo la oscuridad de la noche, y Peter empezó a decir:

—Ese violín debe de ser el robado. Nunca había oído tocar así. ¡Qué notas tan puras, tan llenas de emoción! ¿Cómo pudo confundir esto Matt con un lamento?

—Pues yo creo que sí que parecía un lamento —dijo Colín—. El sonido del violín parece a veces una queja. Seguro que es el violín robado. Pero ¿quién lo tocará?

—Luke Bolan —repuso Peter sin vacilar.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó Jorge.

—Sabemos que toca el banjo. No es, pues, extraño que también toque el violín —sentenció Peter—. Y como en el incendio se quemó su banjo, es posible que robara el violín para no privarse de hacer música.

Los tres amigos estuvieron un rato en silencio. Al fin, Peter volvió a tomar la palabra.

—Lo que ahora importa es encontrar el violín. Es seguro que lo guarda en el carrozco. Acerquémonos sin hacer ruido para ver si hay luz en el interior. Hemos de llevar mucho cuidado, pues si Luke estaba tocando fuera, aún no habrá vuelto. Sobre todo, no encendáis las linternas.

Los tres chicos fueron acercándose al carricoche.

¿Verían allí a Luke con el violín..., con el violín robado?

## ¿Dónde está el violín?

Aunque estaban bastante cerca, los tres amigos no distinguían el carromato: la noche era demasiado oscura. Dando trompicones, con las manos tendidas hacia delante, avanzaron tan en silencio como podían.

—¡Silencio! —dijo Peter deteniéndose de pronto, de modo que sus dos amigos se le vinieron encima—. Mirad esa silueta que se recorta sobre el cielo oscuro. ¿No es la del carromato?

—Sí —contestó Colín, también en voz baja—. Pero no creo que haya nadie. No se ve ni rastro de luz.

—¡Qué raro! —dijo Peter—. Acerquémonos cuanto podamos. Pero si oís algún ruido, quedaos quietos.

Siguieron avanzando hacia el carromato envuelto en el silencio de la noche. No se percibía ni el más débil rayo de luz. Peter subió sigilosamente los escalones del carricoche y prestó atención... Algo se oía dentro. ¿Qué sería?

—Alguien llora —dijo Colín—. Sí, no cabe duda: alguien llora como conteniéndose. Parece el llanto de un niño.

—Debe de ser Benny —dijo Peter—. Quizá lo han dejado solo. ¿Veis el cochecito?

Encendió su linterna. El cochecito no estaba en el sitio de siempre ni en ninguna otra parte.

Los sollozos seguían oyéndose en el interior del carromato. De pronto, una voz hizo dar un salto a los chicos. Era el viejo Matt. Sin duda, había visto la luz de las linternas desde su cabaña, y por eso se había acercado.

—¿No os dije que os marcharais? —gruñó a los niños—. Señorito Peter, ¿sabe su padre que está fuera de casa a estas horas? ¿Se puede saber por qué estáis figoneando en el carromato?

—Matt, escuche; el lamento era la música de un violín —dijo Peter.





Matt estuvo un momento callado, y luego dijo en un tono de admiración:

—Tiene usted razón, señorito Peter. Pero jamás oí tocar el violín de ese modo. ¡Parece un dulce gemido! ¿Quién será el violinista? En el carromato de los Bolan sólo está el pequeño Benny. Lo sé porque sus padres me pidieron que lo vigilase mientras ellos iban en busca de vivienda.

—Entonces —dijo Peter— es el pobre Benny el que llora. Debe de haberse asustado al oír el armonioso lamento. ¿Entramos a consolarle?

—No. Le asusta la gente —dijo el pastor—. Sólo a mí no me tiene miedo. Yo entraré, lo meceré y se volverá a quedar dormido como un ángel. Estoy seguro de que el violín lo ha asustado. Verdaderamente, es un misterio que alguien venga a estos lugares solitarios a interpretar una música tan lúgubre.

Matt entró en el oscuro carromato diciendo dulcemente palabras tranquilizadoras con su profunda voz.

Peter encendió su linterna y vio la oscura cabeza de Benny sobre una almohada en un rincón. También vio como el viejo Matt se inclinaba sobre el niño.

Los chicos se alejaron del carromato en silencio y emprendieron el camino de vuelta a casa. La curiosidad los devoraba.

Peter fue el primero en hablar.

—No entiendo absolutamente nada —dijo—. Creíamos que era Luke el que tocaba el violín, y Matt nos ha asegurado que el matrimonio se ha ido a la ciudad, dejando a Benny solo. A la niña se la llevaron con ellos; de esto no cabe duda, puesto que el cochecito no estaba allí. ¿Es posible que Luke Bolan haya regresado solo, en plena noche, únicamente para tocar el violín?

—Yo tampoco lo comprendo —dijo Colín—. Pero estoy seguro de que fue Luke quien robó el violín y de que es él quien lo toca para satisfacer su pasión por la música desde que el fuego le dejó sin banjo. Es posible que haya vuelto un rato antes que su mujer, para tocar el violín a solas.

—De acuerdo; pero ¿dónde lo tendrá guardado? —preguntó Jorge—. Debe de ser un buen escondrijo, pues si encontraran el violín, Luke iría a la cárcel por ladrón.

—Lo tendrá escondido en el carromato, debajo de un colchón, en la alacena, o quién sabe dónde —dijo Peter—. Propongo que vayamos mañana a ver si lo encontramos. Podemos ir cuando Luke se haya ido a la feria, a trabajar, y la señora Bolan esté en el mercado con la niña. Janet y yo la encontramos la otra mañana en la ciudad.

—Bien, iremos mañana —exclamó Jorge—. Presiento que estamos llegando al desenlace de este misterio. Porque el asunto es verdaderamente misterioso. El fuego, la ropa del espantapájaros desaparecida, el violín robado, y ahora este violinista invisible.

—¡Cuidado! —musitó de pronto Colín. Y los tres quedaron clavados en el sitio.

Ante ellos había una figura inmóvil y silenciosa. Parecía mirarles fijamente. Peter se echó a reír.

—¡Qué tonto eres! ¡Si es nuestro viejo amigo el espantapájaros! Me alegro de ver que aún lleva su nuevo vestido. Bueno, no nos entretengamos, pues ya sabéis cómo se ponen en casa cuando llegamos tarde.

—¿A qué hora hemos de encontrarnos mañana? —preguntó Jorge—. ¿Iremos todos, o sea el Siete Secretos en pleno? Deberíamos llevar algo a los Bolan, como pretexto de la visita.

—Tienes razón —dijo Peter—. Nos veremos a eso de las diez. Así podremos regresar tranquilamente a la hora de comer.

Se separaron ante la puerta del jardín de Peter. No dejaban de pensar en su aventura nocturna. Porque, en verdad, había sido una gran aventura. Todo, excepto la estúpida intervención de Sussy y Binkie, siempre dispuestas a estropearles todos los planes, había sido emocionante.

«Confío en que no se enteren de nuestro plan de mañana —pensó Jorge al entrar en su casa—. Jack debería llevar más cuidado. Merecería que le echásemos del club si no es capaz de tener a raya a esa Sussy del demonio y a su estúpida amiga».

Pero Jack consiguió esta vez que Sussy no se enterase de nada y pudo llegar a casa de Peter a la mañana siguiente sin ningún obstáculo. Todos estaban ya allí. Se celebró una reunión muy breve, en la que Peter explicó en dos palabras a las chicas y

a Jack lo que sucedió la noche anterior.

Le escucharon admirados y con cierta envidia, especialmente el pobre Jack, que había tenido que marcharse para llevar a Sussy y Binkie a su casa.

—¡Qué mala pata! —exclamó—. ¿De modo que el lamento era una música de violín? ¡Maldita Sussy! Por ella no la pude oír. Debe de ser Luke Bolan el que toca. Sin duda, es un mal sujeto. ¡Romper el cristal de un escaparate para robar un violín de tanto valor!

—Vamos —ordenó Peter levantándose—. ¡Sí, tú también vienes, *Scamper*! Mi madre nos ha dado bizcochos y mantequilla para la señora Bolan; de modo que tenemos una buena excusa para nuestra visita si nos encontramos con ella. Si no está, podremos registrar el carromato en busca del violín.

Todos se pusieron en camino. *Scamper*, como de costumbre, corría en torno de ellos con la lengua fuera. Ignoraba adonde iban los Siete Secretos, pero eso le tenía sin cuidado. Con tal que le permitieran ir con ellos, iría incluso a la luna.



## Un hallazgo inesperado

Los Siete llegaron a la cabaña de Matt y echaron una mirada al interior. El pastor no estaba en ella, pero lo vieron a lo lejos, en la Colina de enfrente, reuniendo el rebaño. Matt los vio y los saludó con la mano. Ellos contestaron del mismo modo a su cordial saludo.

El perro del pastor ayudaba a Matt en su trabajo de mantener agrupadas a las ovejas.

—Ahora vamos a ver si el hogar de los Bolan está vacío —dijo Peter.



Y todos se encaminaron al carromato, procurando que se vieran bien sus paquetes de bizcochos y mantequilla. *Scamper* corría delante de ellos, feliz, moviendo la cola.

—Señora Bolan, ¿está usted en casa? —preguntó Peter a voz en grito; pero nadie contestó.

—El cochecito no está aquí —observó Janet, sintiendo no ver a la simpática criatura.

—¿Estará cerrada la puerta? —preguntó Peter, inquieto—. Quiera Dios que no. ¡Sería un mal negocio!

Subió corriendo la escalerilla y llamó a la puerta.

—¡Señora Bolan, señora Bolan! —volvió a llamar.

No recibió respuesta. Entonces empujó suavemente la puerta y ésta chirrió al abrirse.

—Voy a dejar la mantequilla y los bizcochos en el aparador —advirtió Peter. Y entró en el gran carro. Percibió un desagradable olor a humedad y vio que no estaba demasiado limpio. El colchón grande se hallaba aún extendido en el suelo. Peter tuvo la impresión de que la señora Bolan se había marchado precipitadamente, sin tener tiempo para poner las cosas en orden. Incluso las tazas y los platos del desayuno permanecían aún sucios en el aparador.

—¿Puedo entrar yo también? —preguntó Janet.

—No; primero buscaré yo solo, y después entrará uno de vosotros por si me ha pasado algo por alto —respondió Peter—. Si buscamos todos a la vez no encontraremos nada. Aquí no hay espacio para tanta gente: tropezaríamos unos con

otros y no podríamos encontrar nada.

Así, pues, los demás se quedaron fuera, unos en la escalerilla del carromato y otros abajo. Todos atisbaban lo que hacía Peter. Éste registró detenidamente el interior.

—Ni debajo ni dentro del colchón hay nada —dijo—. En la repisa tampoco. Esperad: veo un hueco en el techo. Y dentro hay una caja larga. ¡Puede ser el violín!

Bajó la caja y la abrió. Pero estaba casi vacía: sólo contenía unos papeles viejos que debían de pertenecer a Matt. Estarían allí desde que el pastor utilizaba el carromato.

Peter buscó y rebuscó por todas partes. Luego se asomó a la puerta, compungido.

—¡Nada! —exclamó—. Desde luego, el violín no está aquí. A lo mejor lo tiene escondido entre la maleza... Pero no, se estropearía aunque estuviera en su estuche. Además, éste se quedó en la tienda. Janet, entra tú a echar una mirada.

Janet subió la escalerilla, y los demás miraron cómo buscaba. Peter ordenó a Colín y a Jack que buscaran también debajo del vehículo. Nada; tampoco estaba allí el violín. La busca estaba siendo un fracaso. De pronto, Janet lanzó un grito que hizo dar a todos un salto.

—¿Qué pasa? —Gritaron.

—¡Mirad lo que he encontrado colgado detrás de la puerta! ¡Estaba abierta hasta apoyarse en la pared y no se me ocurrió buscar allí hasta ahora! ¡Mirad!

Y mostró algo que dejó boquiabiertos a todos. El violín robado no aparecía, pero aquello que mostraba Janet era nada menos que el traje desaparecido del espantapájaros.

Sí, allí estaba la vieja chaqueta de *tweed*, el sucio sombrero y los pantalones grises de franela.

No es difícil imaginar el asombro de aquellos muchachos al reconocer las ropas.

—Pero ¿cómo habrán venido a parar aquí? —preguntó Janet.

—Muy sencillo. Luke se las quitó al espantapájaros, se disfrazó con ellas para robar el violín —dijo Jack—. y luego regresó al carro y las colgó detrás de la puerta. ¿A quién se le podía ocurrir buscar esas viejas ropas en un carromato? Por otra parte, el que las viera no sospecharía que habían pertenecido a un espantapájaros.



—¡Diablo! Lo siento por la pobre señora Bolan. No lo puedo remediar —exclamó Pamela—. Estoy segura de que ella no sabe nada de las ropas del espantapájaros ni del violín. ¿Dónde estará el violín? Porque no cabe duda de que el ladrón lo ha escondido en alguna parte.

—Lo cierto es que no está aquí —dijo Peter—, y como lo más probable es que no esté tampoco entre la maleza, sólo queda un posible escondrijo.

—¿Cuál es? —Preguntaron todos ansiosamente.

—El cochecito de la nena —respondió Peter—. A nadie se le ocurrirá pensar que pueda haber algo escondido allí, y menos un violín de gran valor. Apuesto lo que queráis a que el escondite es ése.

—Pero oye, Peter —dijo Pamela—, un violín que está continuamente sometido al traqueteo del cochecito se estropearía. La nena se mueve sin cesar, porque es muy nerviosa.

—Puede estar bien envuelto en algún material grueso y blando a la vez —dijo Peter—. No me cabe duda de que es así.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó Colín—. Vamos a resumir los hechos. Primero: sospechamos que Luke robó las ropas del espantapájaros; segundo, sospechamos que también robó el violín, porque su banjo se había quemado; tercero, sospechamos que es él quien toca por las noches en la Colina, y cuarto, sospechamos

que el violín está escondido en el cochecito de la niña. Pero por ahora no tenemos pruebas de nada de esto.

—Si pudiéramos echar una mirada al cochecito, por lo menos quedaría resuelta una de nuestras dudas —dijo Jack.

—Pero ¿cómo vamos a mirarlo si no está aquí? —preguntó Peter.

—¡Silencio! —dijo Jack en voz baja—. Mirad quién viene.

Todos volvieron la cabeza y vieron a la señora Bolan que llegaba presurosa con el cochecito y su hijita. La niña lloraba desconsoladamente y Benny corría al lado de su madre, cogido al cochecito.

En el primer momento, la señora Bolan no se dio cuenta de la presencia de los niños. Peter cerró a toda prisa la entreabierta puerta y todos se dirigieron a la buena mujer un poco azorados. Nadie sabía qué decirle.

—¡Calla, nenita, calla! ¡Calla, por Dios! Estás muerta de hambre, ¿verdad, cielo? ¡Pobrecita mía!

Diciendo esto cogió a la niña en brazos para llevársela al carromato. Entonces se dio cuenta de la presencia de los Siete Secretos.

Trató de sonreír a los muchachos, pero no pudo ocultar una expresión de temor y angustia. No había en su semblante la menor huella de su habitual cordialidad.

—Buenos días, queridos —dijo, al fin—. He venido corriendo para dar comida a la nena. Estuve toda la mañana en la ciudad y la pobrecita no ha tomado nada. Creí que podía regresar antes.

Y entró a toda prisa en el carromato, seguida de Benny.

—¿Y si registráramos ahora el cochecito? —susurró Pamela—. Es nuestra única oportunidad. ¡Cómo me gustaría que no estuviera el violín!

Dicho esto, se inclinó sobre el cochecito y apartó una sucia manta. Peter empezó a hurgar en el fondo, sin poder evitar que sus dedos temblaran. Tocó algo largo y duro envuelto en una gruesa tela. Sacó el envoltorio, lo deshizo y apareció el extremo del violín.

—¡Es el violín! —exclamó Peter con profunda emoción—. ¿Y ahora qué?

## El pequeño Benny

Los Siete Secretos se sobresaltaron al oír cerca de ellos una voz potente y retumbante. Levantaron la cabeza y vieron que un hombre avanzaba hacia ellos. Era alto y cargado de espaldas y tenía un pelo negro y brillante. Sus ojos eran idénticos a los de Benny. Parecía muy enojado.

—¡Malditos chiquillos! ¿Qué hacéis aquí? ¡Dadme eso! ¡Os voy a dar una paliza, granujas!

—Usted es Luke Bolan, ¿verdad? —dijo resueltamente Peter—. Y este violín es el robado en la tienda de antigüedades, ¿no?



Oyeron un grito a sus espaldas y vieron a la señora Bolan que salía precipitadamente del carromato.

—¡Luke, Luke! ¡Deja a esos niños! ¡Por Dios, no les hagas daño! ¡Virgen santa, han encontrado el violín!

Y los chicos vieron, apenados, como la pobre mujer se tapaba la cara con las manos y prorrumpía en amargos sollozos. Benny se echó a llorar también y ocultó su cara entre las faldas de su madre.

Luke arrancó el violín de las manos de Peter y lo enarboló como si fuera a estrellarlo contra el suelo. Pero su mujer le sujetó el brazo.

—¡No, Luke, no! Eso sería peor todavía. Y vosotros, muchachos, ¿qué sabéis de este asunto? ¿Cómo os habéis enterado?

—Es una historia demasiado larga —repuso Peter—, pero intentaré resumirla. Mi amigo Colín vio a su marido cuando rompió el escaparate y se apoderó del violín. También vio que vestía las ropas robadas a nuestro viejo espantapájaros, ropas que, para pesar nuestro, hemos encontrado en este carro que utilizan como vivienda. El final de esta historia es que, como ve usted, hemos dado con el escondrijo del violín.

—¡Luke, Luke! ¿Ves lo que has hecho? —gimió la mujer—. Ahora te meterán en la cárcel, de esto no cabe duda. Y entonces, ¿qué será de mí y de los niños? El incendio destruyó todo lo que teníamos, y ahora se nos viene encima esta otra



desgracia. ¡Tus hijos y yo en la miseria!

Luke la estrechó entre sus brazos. Al parecer, se sentía muy desgraciado. La señora Bolan lanzó una rápida mirada a los niños y exclamó:

—Precisamente esta mañana íbamos a devolver el violín. No sabíamos que tenía tanto valor. ¡Es la pura verdad! Luke creyó que, siendo tan viejo, no valdría casi nada.

—Desde luego —dijo, esperanzado, Peter—, tiene un aspecto lastimoso; pero ¿no leyó el cartelito que había al lado?

—Lo vi —dijo Luke—, pero para mí era igual.

—Luke no sabe leer —murmuró la mujer, secándose los ojos—. Pasó su niñez en una caravana, yendo de feria en feria, y nunca estuvo en ninguna población el tiempo necesario para ir a un colegio. Si hubiese podido leer que ese violín era una antigüedad de tanto valor, no lo hubiera robado, ¿verdad que no?

—No, no lo habría robado —dijo Luke, avergonzado—. Creí que era un trasto viejo que valdría unos cuantos chelines, y estaba decidido a pagarlos en cuanto me rehiciera de las pérdidas que nos produjo el incendio. ¡Tenía tanta necesidad del violín!

—¿Por qué? ¿Porque se le había quemado el banjo? —preguntó Colín con acento desdeñoso.

—No lo hice por eso —repuso Luke, sorprendido—. No quería a mi banjo hasta el extremo de no poder pasar sin él. Además, siempre pueden prestarme alguno mis compañeros. Yo quería el violín para que lo tocara Benny.

—¿Benny? —exclamó Janet, asombrada—. ¿Pero es Benny el que toca? ¿Es posible que sepa tocar el violín?

—Benny, querido, ¿quieres tocar unas piezas para estos niños? —dijo la señora Bolan acariciando al tímido chiquillo.

Éste no comprendía lo que pasaba, pero estaba muy asustado. ¿Por qué lloraría su madre? No obstante, le pedía que tocara e iba a tocar.

Luke cogió el violín del cochecito, donde lo había dejado para abrazar a su mujer, y lo colocó en las impacientes y morenas manos de Benny, que parecían tener vida propia al palpar la suave madera del viejo violín.

El niño se retiró unos pasos y les volvió la espalda. Apoyó el violín en su cuello, bajo su barbilla, y deslizó el arco por las cuerdas como si las acariciara.

Entonces el aire se llenó de nuevo de aquel extraño lamento, etéreo y casi divino, que los muchachos habían oído la noche anterior. No era una melodía, sino una sucesión de bellos sonidos que, al parecer, permitían a Benny expresar sus más recónditos pensamientos.

«Está tocando para sí, del mismo modo que los pájaros cantan sólo para ellos», pensó Janet.

—No toques tus cosas, Benny; toca la danza de «El árbol de mayo<sup>[1]</sup>» —le dijo su madre.



Benny pasó al punto de las notas suaves a otras alegres, llenas de gracia y vivacidad. Los Siete Secretos no habían oído nunca aquella danza con tanto brío y tanta pasión. Todos los oyentes quedaron maravillados.

—Es una vieja melodía gitana —dijo la madre con una dulce sonrisa—. Mi pequeño Benny las sabe tocar todas. Nunca le habíais oído tocar, ¿verdad? Él...

—Sí. Lo oímos anoche, en la oscuridad —la interrumpió Peter—. Y el viejo Matt lo había oído la noche anterior. Pero entonces Benny sólo tocaba esas notas sueltas que parecen un dulce lamento y el viejo pastor se preguntaba qué sería aquello. El fue el primero que nos habló de esto.

—Por eso vinimos anoche: queríamos oírle nosotros también —dijo Colín—. Y, efectivamente, lo oímos. Pero en seguida nos dimos cuenta de que el sonido lo producía alguien que tocaba el violín maravillosamente. Y como el violín sonaba tan bien, comprendimos que era el robado en la tienda de antigüedades.

—¡Pero Benny! Si yo te dejé dormido en la cama —exclamó la señora Bolan—. Y lo mismo la noche anterior. De modo que te levantaste, buscaste el violín hasta encontrarlo y te pusiste a tocar, ¿no es verdad?

Benny no contestó. Ni siquiera volvió la cara hacia su madre.

Estaba deslizando el arco por las cuerdas tan suavemente, que se oía como un rumor de follaje, acariciado por el viento. Janet comprendió de pronto que Benny

estaba imitando adrede este rumor. ¡«Es maravilloso! ¡Un gran artista! Apenas puedo distinguir cuándo es el viento y cuándo el sonido de su violín», pensó. Y luego dijo en voz alta:

—Señora Bolan, Benny es genial, un niño prodigio. ¿Por qué no le envía al colegio y al Conservatorio?

—Benny no puede ir al colegio, señorita —dijo la madre atrayendo al niño hacia sí—. ¿No ha comprendido lo que le ocurre? Benny es ciego.

¡Ciego! Ahora comprendían los niños por qué aquellos grandes ojos azules carecían de expresión y por qué andaba Benny con tanto cuidado.

—La música es lo único que le hace feliz —dijo la madre—. En el incendio perdió su violín, y fue tan grande su dolor, que Luke se apoderó de este instrumento para devolver a su hijo la felicidad.



## Reunión de los «Nueve» Secretos

Los Siete miraron a la señora Bolan y luego al silencioso Benny, que, como siempre, parecía rodeado de una aureola de misterio. Janet notó que las lágrimas le subían a los ojos. ¿Qué podrían hacer para ayudar a la prodigiosa criatura? Algo tenían que decidir. Pero esta vez los Siete Secretos no podían resolver solos el asunto. Era necesario que los mayores les ayudaran. Ellos siempre saben lo que se debe hacer.

De aquí que los Siete Secretos contaran a la mañana siguiente a los padres de Peter todo lo ocurrido.

—Y no sabemos qué hacer —añadió Peter cuando la narración colectiva hubo terminado—. Hay que devolver el violín a la tienda, eso desde luego. Pero el pobre Luke no debe ir a la cárcel, papá. Benny tiene que ir al colegio y también aprender solfeo. De modo que necesita un violín. Los Siete Secretos están dispuestos a comprarle uno aunque tengan que empeñarse para todo un año.

—Sois unos buenos chicos —dijo el padre, muy satisfecho—. La historia es verdaderamente extraordinaria. No comprendo cómo podéis aclarar asuntos como éste. Vamos a ver. En primer lugar, hablemos del violín. Podemos devolverlo sin que le ocurra nada a Luke. Matt me ha contado que es un buen sujeto y no creo que hubiera robado ese violín si no hubiese estado ciego de desesperación ante la tristeza de Benny, que había perdido el suyo en el incendio.

—Es natural. Quiere a su hijo con locura —dijo Pamela—. En fin, ¿cómo se puede devolver el violín sin perjudicar a Luke?

—Se ha ofrecido una fuerte suma por su devolución, y si se devuelve sin desperfectos no harán preguntas —dijo el padre de Peter—. Si os parece, lo devolveré yo mismo. Diré que no puedo explicar cómo ha llegado a mis manos, pero que sé que el hombre que lo robó está arrepentido. No aceptaré ninguna gratificación. Así quedará liquidado el asunto.

—¡Estupendo! —Exclamaron los Siete Secretos a coro, mientras *Scamper* golpeaba el suelo con la cola.

—¿Qué haremos con Benny? —preguntó Janet.

—Creo que en esto yo puedo ayudaros —dijo la madre de Peter—. Conozco una magnífica escuela dedicada especialmente a los niños ciegos, y allí mismo desarrollará su talento musical. La pena de tener que abandonar a los suyos quedará compensada por su amor a la música. Además, podrá pasar las vacaciones con su familia.

—A Dios gracias, todo está resuelto —exclamaron Bárbara y Pamela a la vez.

Los Siete habían recibido una terrible impresión al enterarse de que los bellos ojos de Benny no tenían luz. Pero su desdicha sería menos amarga debido a la música.

—Bueno, no es corriente que los Siete Secretos tengan reuniones de nueve —dijo el padre sonriendo—. Te aseguro, Peter, que tu madre y yo nos sentimos muy

honrados al vernos entre vosotros. Los mayores también servimos a veces para algo, ¿no es verdad?

—¡Oh papá! No podríamos hacer nada sin ti —exclamó Janet dándole un fuerte abrazo y un sonoro beso—. ¿De veras te encargarás de devolver el violín a la tienda? ¿Estás seguro de que no te detendrán?

—Completamente seguro —le contestó su padre—. Y si los Siete Secretos están dispuestos a comprar un violín a Benny, me gustaría contribuir, y a tu madre también, desde luego. Echaré un vistazo en la tienda a ver si tienen alguno del tamaño apropiado para un niño. Así, Benny olvidará el que perdió en el incendio.

—¡Eso! —Aprobaron todos, mientras el perro repetía sus sonoros coletazos contra el suelo. *Scamper* no tenía la menor idea de lo que ocurría, pero se sentía feliz. ¿A qué otro perro del mundo le permitirían asistir a reuniones tan importantes y secretas como la que estaba presenciando?

El padre de Peter arregló sin pérdida de tiempo el asunto del violín. Nunca explicó claramente a los Siete Secretos lo ocurrido en su entrevista con el dueño de la tienda de antigüedades. Los niños sólo supieron que todo había salido bien y que el nombre de Luke no se había mencionado para nada.



—Quiero cruzar dos palabras con Luke —añadió el padre de Peter—. Hay que hacerle ver la gravedad del enredo en que se había metido.

—¿Has encontrado el violín para Benny? —preguntó Janet.

—Puedes decir a la señora Bolan que lleve a Benny mañana a la tienda de instrumentos musicales y escoja entre los violines pequeños el que le parezca. Ya está pagado. Y luego que venga a casa para tratar con tu madre del asunto de la escuela... Pero me pregunto si no nos estamos entrometiendo demasiado en los asuntos del club.

—No es intromisión —dijo la madre—. Lo que hacemos es echarles una mano. Tú, Peter, cuídate de abrir una hucha en el club de los Siete Secretos, para que todos

cooperen en la compra del violín. Nosotros habremos contribuido adelantando el dinero, pero lo tenéis que pagar vosotros.

Los Siete Secretos cumplieron con su deber. Nunca habían pasado unas vacaciones tan ocupados en ganar dinero. Se dedicaban a toda clase de trabajos. Incluso Sussy aportó su granito de arena.

—Binkie se ha marchado ya a su casa —dijo un día Jack—. Por eso Sussy está un poco más tratable. Mi madre nos pide que le permitamos contribuir con su trabajo. Dice que esto le será provechoso.

—De acuerdo —dijo Peter—. Si ha de ser un bien para Sussy, si tu hermana ha de mejorar, que trabaje todo lo que quiera. Pero adviértele que no por eso le vamos a permitir tomar parte en la próxima reunión de los Siete Secretos.

Cuando llegó el día de la reunión, cuarenta y ocho horas antes de la reapertura de las clases, contaron un montón de dinero. Había suficiente para pagar el violín que tan feliz hacía a Benny.

Se lo podía llevar a la escuela de ciegos, y se sentía muy feliz.

—Muy bien, Siete Secretos; habéis trabajado de lo lindo —dijo Peter paseando una mirada en torno de él—. Ha sido muy emocionante, ¿verdad? Muchas gracias por vuestro dinero, amigos.

Volcó una hucha que tenía ante sí y contó un chelín y seis peniques.

—¿De quién es eso? —preguntó Jorge—. ¿De Sussy?

—No, de *Scamper* —repuso entre risas Peter—. Entregó dos huesos grandes y otro pequeño para ayudar a Benny. Aquí los tenéis convertidos en un chelín y seis peniques. Muchas gracias, *Scamper*, eres un sol —añadió.

—¡Guau! —exclamó el perro, muy feliz—. ¡Guau, guau, guau!

—Dice que para él es un placer ayudarnos —tradujo Peter con toda seriedad—. *Scamper*, los Siete Secretos te queremos mucho: palabra.

Y los lectores también lo queréis, ¿verdad?



ENID BLYTON (1897-1968). Nació en Dulwich, localidad al sur de Londres, Inglaterra. Tuvo dos hermanos. Sin duda ha sido la autora de libros infantiles y juveniles más leída del mundo entero.

Desde pequeña le gustaba mucho leer. Entre sus libros favoritos se cuentan Alicia en el país de las maravillas y Alicia a través del espejo de Lewis Carroll. Leía todos los libros de cuentos y leyendas que caían en sus manos. Según nos cuenta ella misma en un libro sobre su vida, se leyó dos veces de cabo a rabo una enciclopedia infantil que la animó a leer más y más. Y también le gustaba la poesía.

Después de iniciarse en los estudios de medicina, los abandonó para estudiar magisterio movida por una fuerte inclinación hacia la juventud. Cuando era maestra lo que más le gustaba era explicar cuentos.

En 1924 se casó y tuvo dos hijas, Gillian e Imogen. Aunque tanto Gillian como Imogen ya son mayores, todavía recuerdan como su madre escribía una historia detrás de otra con la máquina de escribir encima de sus rodillas; en el jardín cuando el tiempo era bueno y junto al fuego durante el invierno.

La casa donde vivió con su familia se llamaba Green Hedges, que significa Setos Verdes y tenía un precioso jardín, no muy grande, pero que rodeaba la casa. Habían allí muchas flores, abetos, un viejo avellano y otros árboles. También tenía un estanque con peces dorados. A Enid Blyton, como a la mayoría de los ingleses le encantaba cuidar de su jardín.

Le gustaban mucho los animales. Cuando era pequeña sus padres no la dejaban tener animales en casa, pero cuando fue mayor y tuvo su casa y su jardín, tuvo toda clase de animales: perros, muchos gatos, peces que la conocían y venían a comer de su mano, y erizos. A lo largo de su vida tuvo varios perros: Dos fox terrier llamados Bobs y Topsi, y dos perritas cocker spaniel, la primera se llamaba Lassie y la segunda Laddie. No los tuvo todos a la vez, claro sino de uno en uno, pues desgraciadamente la vida de los perros es más corta que la de las personas.

Desde pequeña, Enid Blyton quiso ser escritora y empezó a escribir muy pronto, y nunca dejó de hacerlo, pero tuvieron que pasar muchos años antes de que pudiera publicar su primer libro. Escribió unas setecientas obras llenas de acción y suspense entre los años 1915 y 1968. Sólo en los diez últimos años se vendieron en el mundo más de cien millones de ejemplares de sus libros. Enid Blyton es su verdadero nombre y la reproducción de su firma aparece en muchos de sus libros.



# Notas

[1] Danza folklórica parecida al baile de las cintas, que se baila todos los años en el mes de mayo. (N. del T.) <<